

TRUMP 2.0: LA ECONOMÍA DEL DESORDEN Y DE LA GUERRA DE UN IMPERIO EN DECLIVE





ÍNDICE

- 4 PRESENTACIÓN: Trump 2.0: la economía del desorden y de la guerra de un imperio en declive**
Juan Torres López
Catedrático jubilado de Economía Aplicada
- 07 Trump: una presidencia hacia el precipicio social**
Carles Manera
Catedrático de la Universidad Islas Baleares
- 10 Trump y las razones del nuevo desorden mundial**
Ignacio Muro Benayas
Vicepresidente de Economistas Frente a la Crisis
- 16 Trump y Estados Unidos ante la crisis del dólar**
Jorge Pérez
Doctor en Economía y exjefe de Regulación Contable del Banco de España
- 20 La Administración Trump y la competencia con China**
Xulio Ríos
Asesor emérito del Observatorio de la Política China
- 26 La Transición Verde Europea ante el desmantelamiento ambiental de Trump: resiliencia verde frente al «efecto gris»**
Daniel Díaz-Fuentes; Judith Clifton; Marcos Fernández-Gutiérrez; Ana Lara Gómez
Universidad de Cantabria
- 34 Injerencia y petróleo: geopolítica del primer año trumpista**
Nahia Sanzo Ruiz de Azua
GEUSK Nazioarteko Politikaren Euskal Institutua/ Instituto Vasco de Política Internacional
- 39 Encarar las respuestas distópicas a la crisis ecosocial**
Yayo Herrero
Portavoz del Foro de Transiciones
- 44 ¿Por qué Trump, para qué y qué vendrá después de él?**
Juan Torres López
Catedrático jubilado de Economía Aplicada
- 50 EL LIBRO RECOMENDADO: El nuevo espíritu del mundo. Política y geopolítica en la era Trump. (Esteban Hernández)**
Juan Torres López
Catedrático jubilado de Economía Aplicada
- 52 PARA SABER MÁS**

Economistas sin Fronteras necesita tu apoyo. Si crees que nuestros Dossieres EsF o nuestra actividad general aportan utilidad social, ayúdanos a mantener nuestro trabajo. Queremos ser una ONG de referencia en la búsqueda de una economía justa y contribuir a facilitar el diálogo y fomentar el trabajo en red de los distintos agentes sociales y económicos. Porque sólo a través del logro de una amplia participación social podremos alcanzar una economía justa. Puedes realizar la aportación económica que desees:

Rellenando el formulario
en el siguiente enlace:

[**Dona ahora**](#)

O también a través de **BIZUM**:



01895

Código de la Fundación
Economistas sin Fronteras

Puede verse la forma de donación a través de bizum en
<https://ecosfron.org/unete/dona-con-bizum/>

Si deseas hacerte socia o socio de nuestra organización y colaborar de forma periódica con Economistas sin Fronteras, puedes hacerlo cumplimentando el formulario disponible en nuestra web:

[**Hazte socio/a**](#)

O a través del teléfono 91 549 72 79 • Toda la información en <https://ecosfron.org/unete/>

La legislación española para las entidades sin fines lucrativos establece un trato fiscal más favorable para las aportaciones y donaciones realizadas por personas físicas, que posibilitan una deducción en la cuota del IRPF.

CONSEJO EDITORIAL

Luis Enrique Alonso
María Eugenia Callejón
Marta de la Cuesta
Beatriz Fernández Olit
María Luisa Gil Payno
Juan A. Gimeno
Jorge Malfeito Gaviro
José Ángel Moreno

EQUIPO DE EDICIÓN

María Eugenia Callejón
Javier Esteban
Luisa Gil Payno
Juan A. Gimeno
José Ángel Moreno

Coordinación de este número:

Juan Torres López

Catedrático jubilado de Economía Aplicada

ISSN 2603-848X Dossieres EsF

Imagen de cubierta: Ilustración modificada a partir de la original de © Jozef Mičic, vía Adobe Stock.
Diseño y maquetación: LA FACTORÍA DE EDICIONES, SL

Dossieres EsF es una publicación digital trimestral de Economistas sin Fronteras

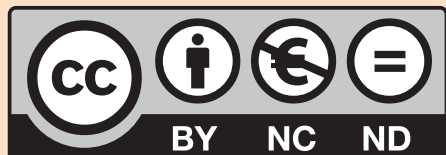
Economistas sin Fronteras (EsF) es una Organización No Gubernamental de Desarrollo (ONGD), fundada en 1997 en el ámbito universitario, que actualmente integra a personas interesadas en construir una economía justa, solidaria, sostenible y feminista, con una orientación prioritaria en la erradicación de la pobreza y las desigualdades.

En **Economistas sin Fronteras** creemos necesario otro modelo de desarrollo, que ponga a la economía al servicio del ser humano y no, como sucede en la actualidad, a millones de personas al servicio de la economía.

Nuestro objetivo es contribuir a la construcción de una ciudadanía socialmente responsable, activa y comprometida con la necesaria transformación social.

Queremos ser una ONG de referencia en la búsqueda de una economía justa y contribuir a facilitar el diálogo y fomentar el trabajo en red de los distintos agentes sociales y económicos. Porque sólo a través del logro de una amplia participación social podremos alcanzar una economía justa.

Las aportaciones de nuestras personas asociadas son fundamentales para que podamos planificar y realizar proyectos de larga duración.



Dossieres EsF, por Economistas sin Fronteras (<http://www.ecosfron.org/publicaciones/>), se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>). Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidad comercial y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

Economistas sin Fronteras
c/ Gaztambide, 50
(entrada por el local de SETEM)
28015 Madrid
Tel.: 91 549 72 79

EKONOPOLLO
Harrobi Plaza, 4,
48003 Bilbao, Bizkaia
Tel.: 722 371 633
ecosfron.euskadi@ecosfron.org

TRUMP 2.0: LA ECONOMÍA DEL DESORDEN Y DE LA GUERRA DE UN IMPERIO EN DECLIVE

Juan Torres López

Catedrático jubilado de Economía Aplicada

Cuando Donald Trump tomó posesión por segunda vez como presidente de Estados Unidos, la sensación generalizada fue que el mundo se ponía patas arriba. Y no fue una impresión equivocada.

En pocos meses, la arquitectura del orden internacional que había gobernado las relaciones económicas entre países durante ocho décadas comenzó a crujir estrepitosamente. Las reglas del comercio internacional se vinieron abajo y los acuerdos fueron sustituidos de un día para otro por la coacción y el lenguaje de la fuerza. Las alianzas se tambalearon, los consensos saltaron por los aires y los organismos multilaterales quedaron bajo sospecha. En medio de conflictos diversos que nacían casi a diario, las dudas sobre el tipo de nuevo orden que pudiera consolidarse entre los escombros del anterior crecieron sin que se dispusiera de respuestas certeras.

Incluso Kristalina Georgieva, directora gerente del Fondo Monetario Internacional, un organismo habitualmente muy seguro de todo lo que dice y hace, reconocía a mediados de junio de 2026 la situación de perturbación generalizada en la que se encuentra la economía mundial: «El mundo no está preparado para enfrentar las **crisis cada vez más frecuentes** que se están acumulando».

En este contexto, hay una trampa en la que es fácil caer cuando se desea analizar lo que está ocurriendo tras la segunda llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos: creer que la perturbación se debe exclusivamente a su peculiar personalidad. Es decir, que lo que está ocurriendo en este su segundo mandato es una simple anomalía, un accidente de la historia, un interregno estrambótico que pasará cuando, antes o después, deje de ser presidente. Y, por tanto, que basta con esperar a que el ciclo termine para que las cosas vuelvan a su cauce.

Este dossier nace precisamente de la convicción de que lo que está sucediendo con Trump no se puede entender sin comprender lo que hay detrás de su persona y

el contexto en que se desarrolla su presidencia. En concreto, grupos de interés económico, energético, tecnológico, financiero y mediáticos muy poderosos, y una fase del capitalismo contemporáneo que lleva décadas gestándose y que ha encontrado en él su forma de gestión más descarnada, ruidosa y conflictiva, pero no la única ni necesariamente la última.

Después de varias décadas de políticas neoliberales que han logrado concentrar el ingreso, la riqueza y el poder en los niveles quizá más grandes de toda la historia humana, se ha consolidado como dominante un nuevo tipo de capitalismo de carácter extractivo, acaparador y cuyo rasgo más definitorio no es que deteste al Estado, como se repite con frecuencia, sino que lo necesita y lo quiere para sí. Sus negocios centrales, necesitan leyes que blinden sus monopolios y anulen a sus competidores, guerras que les aseguren suministros y desarrollen sus negocios, y recortes fiscales y regalías sin límite. Necesitan, en una palabra, capturar el Estado y eso ha llevado al capitalismo de nuestra época a ser cada vez más literalmente incompatible con la democracia real, como paladinamente reconoció Peter Thiel, uno de sus más conocidos representantes: «Ya no creo que la libertad y la democracia sean compatibles».¹

A esa tensión estructural entre el capitalismo rentista y la democracia se añade un segundo proceso que la agudiza: el declive relativo de Estados Unidos como potencia dominante y el ascenso de China como alternativa real.

La economía estadounidense viene perdiendo peso de forma continua en la producción, el comercio mundial y el sistema monetario mundial, mientras que al mismo tiempo China escalaba posiciones hasta situarse en la vanguardia de sectores que ahora son los motores y determinantes del progreso económico.

1. Thiel, Peter, «The Education of a Libertarian», *CATO Unbound*, 13 de abril de 2009, <<https://bit.ly/45zRGwl>>.



Es la conjunción de estos procesos, las contradicciones del capitalismo de nuestro tiempo y la crisis de hegemonía de la potencia que lo ha encabezado durante ochenta años, y no la mera personalidad de Trump, lo que realmente está poniendo patas arriba al mundo. Lo que estamos viviendo no es un interregno puntual, sino la transición hacia otro orden que se está produciendo a través del desorden.

Es por ello que, para entender este momento, son precisos análisis de luces largas y de amplio espectro. Los marcos convencionales, los que miran un solo fenómeno a la vez, los que reducen la causa de todo lo que ocurre a un factor o a un personaje, no están sirviendo ni para descubrir lo que de verdad ocurre, ni para poder tomar medidas eficaces ante la nueva situación. Se necesitan análisis que crucen la economía con la historia, la geopolítica con la ideología, la energía con la política y todo ello con el medio ambiente, la arquitectura institucional y las relaciones de poder, y los valores. Y se necesitan perspectivas diversas, porque ninguna mirada singular alcanza a ver todo el panorama que se ha de analizar.

Con ese propósito nace este dossier de Economistas sin Fronteras. Recoge contribuciones de un grupo plural de autores que abordan, desde ángulos distintos pero complementarios, las cuestiones que nos han parecido fundamentales para comprender lo que está ocurriendo en la economía mundial durante esta segunda presidencia de Trump: los efectos de sus políticas, la lógica profunda que las mueve y los posibles futuros a los que conducen. El eje central es la economía, pero la ventana está abierta a la política, la ideología, la energía, el medio ambiente, la historia y la arquitectura institucional, sin las cuales la economía no se puede entender.

Contenido del dossier

El dossier se abre con un análisis de las políticas económicas internas del segundo mandato de Trump que **Carles Manera** examina como una presidencia que avanza hacia el precipicio social. La política arancelaria, el ataque sistemático a la Reserva Federal, los recortes masivos en investigación, sanidad y vivienda, el enriquecimiento personal del presidente y de su entorno, y el aumento acelerado de la desigualdad configuran un cuadro en el que la volatilidad y la incertidumbre no son efectos secundarios. Son el resultado previsible de unas políticas que transfieren renta y poder hacia los ya más poderosos, mientras la mayoría de la población absorbe los costes.

A continuación, **Ignacio Muro** examina las razones profundas del nuevo desorden mundial, rastreando cómo el entrelazamiento entre Silicon Valley, Wall Street y el Pentágono, junto a las industrias extractivas tradicionales, ha configurado un nuevo bloque de poder cuya lógica trasciende con mucho al propio Trump. La crisis del COVID, la emergencia tecnológica china y la evolución de las grandes corporaciones hacia un capitalismo cada vez más extractivo y dependiente de la captura del Estado explican por qué este momento no es un episodio pasajero sino un cambio sistémico que busca imponer un régimen de servidumbre sobre los aliados y frenar el ascenso de China como potencia dominante.

Jorge Pérez se adentra en la crisis del Sistema Monetario Internacional, y analiza el dilema estructural que ya Keynes anticipó en 1943 y que hoy se manifiesta con toda su crudeza: el privilegio exorbitante del dólar como moneda de reserva mundial es al mismo tiempo la fuente del poder financiero de Estados Unidos y la trampa que lo condena a un endeudamiento sin límite y a una desindustrialización progresiva. El artículo reco-

re las alternativas históricas y actuales, desde el banco de Keynes hasta las criptomonedas, las monedas estables y las monedas digitales de los bancos centrales, mostrando que las opciones más viables son también las que exigen mayor multilateralismo, justamente lo contrario de lo que Trump está dispuesto a aceptar.

Xulio Ríos traza con rigor la evolución de la competencia estratégica entre Estados Unidos y China a lo largo de tres presidencias, mostrando cómo lo que comenzó como una disputa comercial en el primer mandato de Trump se ha convertido en el marco estructurante de toda la política internacional contemporánea. El artículo analiza la paradoja central de esta rivalidad: pese a la intensidad de la presión ejercida por Washington, China no se ha debilitado, sino que ha acelerado su autosuficiencia tecnológica y consolidado su resiliencia económica. La cumbre de Pekín de mayo de 2026 se examina como un posible punto de inflexión, aunque más probable como estabilización táctica dentro de una rivalidad que ninguna de las dos partes puede ni resolver ni llevar hasta sus últimas consecuencias.

Daniel Fuentes examina el impacto de las políticas climáticas de Trump sobre la transición verde en Europa, analizando cómo la retirada estadounidense de los compromisos climáticos internacionales, la eliminación de controles medioambientales y el impulso masivo a los combustibles fósiles no solo agravan la crisis climática global sino que alteran las condiciones de competencia en las que Europa trata de avanzar en su propia transición energética, con consecuencias que afectan a la industria, el empleo y la soberanía energética del continente.

Nahia Sanzo analiza la geopolítica del primer año trumpista a través del petróleo y la energía, mostrando que el control de los flujos energéticos globales es el hilo conductor que da coherencia a intervenciones que de otro modo parecerían dispersas o caóticas. El bloqueo naval a Venezuela, la guerra contra Irán, el apoyo a los ataques ucranianos sobre la infraestructura petrolera rusa y la subordinación estratégica de Europa responden a una misma lógica: garantizar que el petróleo que necesita China no fluya fuera del control de Washington, y que los aliados europeos queden atados a la energía, el armamento y la tecnología estadounidenses como precio de su seguridad.

Yayo Herrero sitúa el trumpismo en el marco más amplio de la contradicción entre capital y vida, analizando la irrupción de la ultraderecha como una respuesta distópica a la crisis ecosocial. Cuando siete de los nueve límites planetarios han sido ya superados y la policrisis ecosocial golpea de forma desigual pero creciente a la mayoría de la población, la extrema derecha ofrece chivos expiatorios, crueldad espectacularizada y acaparamiento violento de recursos como respuesta. Frente a esa vía distópica, el artículo propone las claves de una transición ecosocial justa basada en la suficiencia, la redistribución y la garantía de una vida digna para todas las personas, reconociendo que tal alternativa exige una transformación cultural y política de gran calado que todavía no tiene la organización suficiente para imponerse.

El dossier se cierra con un artículo de **Juan Torres** que intenta responder a las tres grandes preguntas que articulan el conjunto de lo analizado: por qué ha surgido el trumpismo como expresión funcional del capitalismo rentista y del declive imperial estadounidense, para qué sirve realmente más allá de su retórica populista, y qué cabe esperar que venga después de él. La respuesta a esta última pregunta es tan incierta como incómoda. En el mejor de los casos, otro presidente gestionando el mismo declive estructural con instrumentos similares; en el peor, alguien con los mismos objetivos pero menos escrúpulos y más rodaje. Pero seguirá existiendo el trumpismo sin Trump si en un horizonte próximo no se abordan las causas estructurales que lo han hecho necesario para el sistema, si no se toman posiciones de fuerza frente a los grupos oligárquicos que están capturando las instituciones y si no se llevan a cabo reformas profundas en la gobernanza, en el modo de producir y en el reparto de los recursos, la riqueza y el poder.

No pretendemos ofrecer respuestas definitivas a un fenómeno que está vivo y sucediendo en este preciso momento. Lo que ofrecemos son claves de análisis, perspectivas de largo alcance y herramientas para ayudar a descubrir y explicar con mayor claridad un tiempo que desconcierta precisamente porque se nos presenta con fenómenos, formas y problemas diferentes a los tradicionales y que nos obligan a pensar también de otro modo. ■

Carles Manera

Catedrático de la Universidad Islas Baleares

1. La división del mundo

Trump está abriendo diferentes focos internacionales, todos en plena tensión, con peligros nada despreciables. Venezuela y el Caribe, con un despliegue militar insólito, el mayor desde el final de la Guerra Fría, para bloquear —se llama— el narcotráfico; Nigeria, con bombardeos difíciles de justificar, con el objetivo de atacar células terroristas ausentes; Groenlandia, con claras pretensiones anexionistas, buscando sus riquezas; Gaza, con meridianas connivencias con el gobierno genocida israelí y con perspectivas de jugosos negocios inmobiliarios; Ucrania, con un patente posicionamiento a favor de las tesis de Putin y la posible repartición del territorio ucraniano, donde las tierras raras no son nada extrañas; Irán, una guerra espo-leada por Israel con la connivencia absoluta de los Estados Unidos, para controlar las remesas petroleras hacia China. En todos estos frentes, dos son las características que los definen.

En primer lugar, el desvío de atención de los problemas internos de los Estados Unidos, agravados por la política trumpista. El crecimiento económico se retarda —a pesar de la fortaleza del último trimestre de 2025 e inicios de 2026—, y empieza a haber tensiones en la inflación —por encima del 2 %, el objetivo de la Reserva Federal—, al mismo tiempo que las nuevas contrataciones se han debilitado. Hay que añadir, además, que la popularidad de Trump ha caído en picado, hecho destacado por medios como *The New York Times* y la CNN. Y, a su vez, en ciudades importantes de los Estados Unidos ha ido avanzando una ruidosa protesta contra la administración republicana, con resultados favorables para los demócratas.

Pero el segundo elemento tiene claves claramente económicas. No se persigue el narcotráfico ni el terrorismo ni las armas nucleares —estas son excusas que suelen funcionar en la opinión pública—: se busca tener mejores accesos a fuentes de energía, materias

No se persigue el narcotráfico ni el terrorismo ni las armas nucleares —estas son excusas que suelen funcionar en la opinión pública—: se busca tener mejores accesos a fuentes de energía, materias primas y negocios particulares, familiares, del mismo presidente y de su entorno. En este contexto, algunos analistas han deslizado la posibilidad del estallido de un conflicto mundial, motivado por el enorme grado de incertidumbre y los movimientos espasmódicos de Trump, siempre imprevisibles

primas y negocios particulares, familiares, del mismo presidente y de su entorno. En este contexto, algunos analistas han deslizado la posibilidad del estallido de un conflicto mundial, motivado por el enorme grado de incertidumbre y los movimientos espasmódicos de Trump, siempre imprevisibles. El tema se divulga para continuar generando temor en la población; pero, en principio, resulta difícil aceptar, desde el plano económico, que una guerra de grandes dimensiones pueda mantenerse, por un motivo central: los beneficios empresariales van ahora mismo como un tiro, hecho que se refleja en los balances de las empresas y en los movimientos bursátiles (hasta los ataques aéreos sobre Teherán). Es poco inteligente generar desorden y destrucción cuando se está ganando tanto dinero en este escenario, si bien siempre puede haber, como decíamos, actitudes imprevistas e impetuosas de dirigentes enloquecidos.

2. Economía volátil en tiempo de incertidumbre

Veamos, a este respecto, unas consideraciones económicas.

En primer lugar, Trump lo fía todo a la política arancelaria. En un primer momento, y atendiendo a las desequilibrantes propuestas del republicano, los análisis señalaban previsibles caídas en el crecimiento económico, un repunte de la inflación y el incremento del paro. Sin embargo, los cambios que se han generado en función de las respuestas dadas por los países afectados han hecho que las tasas arancelarias se hayan moderado. Esto ayuda a explicar los resultados macroeconómicos de los últimos meses: un avance del PIB de alrededor del 4 %, a pesar de que se patentizan tensiones en los precios, y una caída en la contratación.

En segundo lugar, el ataque constante y represivo en los centros de enseñanza superior y de investigación: recortes que superan los 2.500 millones de dólares y que inferirán en la huida de capital humano. Hay que recordar que, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos consolidó su poder sobre unas bases fundamentales: la función de la inversión, la política tributaria —con elevados impuestos a los ricos— y el papel decisivo de las universidades y centros de investigación. El impulso de instituciones permitió el trabajo de científicos, intelectuales, economistas y pensadores humanistas, las aportaciones de los cuales apuntalaron el avance de la ciencia, del conocimiento, e impactaron con sus ramificaciones y derivadas en un aumento de la productividad al rescoldo de proyectos innovadores.

Un tercer factor es el enfrentamiento radical con la Reserva Federal (FED), y con la figura de su principal Gobernador, Jerome Powell. El dilema de Powell está claro, con los datos de paro e inflación en la mano: medir qué valora más en sus decisiones conjuntas con el resto del *board* de la FED, mantener, subir o bajar los tipos de interés. En año electoral, Trump vuelve a reclamar bajadas relevantes de tipos: tendrá en breve la ocasión de colocar a un alto dirigente del banco central más afín a sus pretensiones. Todo ello atemoriza a los inversores por la previsible pérdida de independencia del principal regulador financiero.

Un cuarto punto, la ausencia de un planteamiento de inversión pública, más allá del gasto militar; y recortes

[...] la riqueza de Trump prácticamente se ha triplicado desde que asumió la presidencia. Esta riqueza descansa sobre proyectos en criptomonedas con la connivencia de gobiernos extranjeros. A su vez, la importante relación con regímenes que disponen de fuerte liquidez de capitales —como Arabia y Qatar, por ejemplo— facilita el establecimiento de negocios inmobiliarios entre el republicano y su entorno familiar directo y los proyectos inversores que se puedan materializar en los Estados Unidos.

enormes en vivienda, sanidad y lucha contra el cambio climático (más de un 20 %). Los anuncios propagandísticos que ha hecho el mandatario sobre inversiones multimillonarias corresponden a proyectos de cariz privado, no al gasto federal directo.

Un quinto elemento que hay que destacar, derivado de los cuatro factores anteriores: la riqueza de Trump prácticamente se ha triplicado desde que asumió la presidencia. Esta riqueza descansa sobre proyectos en criptomonedas con la connivencia de gobiernos extranjeros. A su vez, la importante relación con regímenes que disponen de fuerte liquidez de capitales —como Arabia y Qatar, por ejemplo— facilita el establecimiento de negocios inmobiliarios entre el republicano y su entorno familiar directo y los proyectos inversores que se puedan materializar en los Estados Unidos.

Los cinco aspectos que hemos delineado confluyen y promueven la incertidumbre, la volatilidad, el temor de los mercados y el incremento de la desigualdad, según las investigaciones más recientes de Branko Milanovic, Thomas Piketty y Gabriel Zucman. Esta inestabilidad se prolongará el 2026, espoleada por las tensiones geopolíticas: un arma que Trump utilizará para camuflar la decadencia económica de los Estados Unidos frente a China. Este es, sin duda, el liderazgo emergente.

3. Conclusión

Cuentan los historiadores Suetonio y Dion Casio que, en el año 40 de nuestra era, el emperador Calígula tomó una decisión estrafalaria, demostrativa de su inestabilidad mental: nombró cónsul a su caballo Incitatus. No se sabe si esto fue realmente efectivo, pues lo que trataba de demostrar el César era que las instituciones no funcionaban y que cualquiera, incluido su caballo, podía ser alguien en ellas. Casi dos mil años después, Donald Trump, que profesa como emperador *in pectore*, ha realizado una serie de nombramientos importantes en su ámbito más próximo, caracterizados por dos puntos definitorios: la incompetencia e inutilidad de los elegidos y el claro mensaje a las instituciones estadounidenses de que cualquiera, incluidos multimillonarios sin experiencia alguna en la cosa pública, pueden regir los destinos de la nación, del imperio. Como si fuera gestionar un negocio particular: sin contrapesos, sin mecanismos de control, sin organismos fiscalizadores. Un «orden y mando» que encierra un peligroso desenlace: el cuestionamiento de la democracia. Pero, eso sí, con la garantía de un Estado al que detestan, pero del que todos ellos se quieren aprovechar. Son los caballos de Trump, que nos hacen galopar hacia el desastre —con el gran prócer a la cabeza—, a la vez que lanzan relinchos eufóricos mientras siegan la hierba a su paso. Igual que Otzar, otro caballo, sobre el que mandaba Atila. Y ya sabemos el resultado que profirió el rey de los hunos.

Todo esto podría quedar en una simple fábula o en una licencia literaria si no fuera porque, en efecto, los equinos de Trump están contribuyendo a destruir los resortes básicos de la economía mundial y las normas de las transacciones internacionales, dinamitando en paralelo los principales indicadores bursátiles de Wall Street, con el enfervorizado aplauso de una América profunda que no sabemos si se va despertando tras el sórdido sonido de los cascos de esos caballos. Y con

[...] los equinos de Trump están contribuyendo a destruir los resortes básicos de la economía mundial y las normas de las transacciones internacionales, dinamitando en paralelo los principales indicadores bursátiles de Wall Street, con el enfervorizado aplauso de una América profunda que no sabemos si se va despertando tras el sórdido sonido de los cascos de esos caballos. Y con el patético —y peligroso— narcisismo del nuevo Calígula, aplaudido por una cohorte de tecno-oligarcas que protagonizan este nuevo episodio del capitalismo.

el patético —y peligroso— narcisismo del nuevo Calígula, aplaudido por una cohorte de tecno-oligarcas que protagonizan este nuevo episodio del capitalismo.

La pérdida de confianza ante la evolución económica de Estados Unidos acrecienta la inestabilidad. Datos demoledores: venta masiva de dólares mientras se han ido revalorizando el franco suizo y el yen japonés, junto al oro; a la par que la deuda norteamericana (el bono a 30 años, por ejemplo) se acerca a una rentabilidad superior al 5 % y complica su refinanciación (solo la deuda federal, 9 billones de dólares, vence en pocos meses). Los consumidores estadounidenses van a sufrir directamente los corolarios letales en forma de tensiones inflacionistas y en el mercado de trabajo, fruto del despropósito desencadenado por un presidente obsesionado con aplicar aranceles y devolver una supuesta grandeza a un país que se ha beneficiado mucho de la globalización. ■

Ignacio Muro Benayas

Vicepresidente de Economistas Frente a la Crisis

La globalización neoliberal ha ofrecido un marco estable de especialización productiva que la crisis del 2008 empezó a demostrar agotada.

Diseñar en California y fabricar en Shenzhen era la lógica de la división del trabajo interiorizada por las grandes corporaciones, una pauta que se exportó al mundo y fue asumida como un mantra que favorecería la hegemonía de Occidente y el liderazgo en la innovación. Esa lógica se universalizó a todos los sectores productivos, desde la alimentación a la sanidad, desde el automóvil a las tecnológicas. Y desplazó la actividad y el empleo productivo hacia China y Asia sin que de ese desequilibrio se vislumbrara, en ningún momento, un desplazamiento del centro de gravedad del poder.

Pero ese desplazamiento sí se produjo y la gran crisis del 2008 marca un hito en ese cambio.

La capacidad de seducción del orden global basado en reglas y en un equilibrio social atraído por los postulados tecno optimistas de las tecnológicas salta por los aires. Surge un «neoliberalismo punitivo» (William Davies)¹ que resuelve el rescate bancario mediante el ajuste fiscal a las capas populares. Las sacudidas se evidencian en diferentes planos. En EE.UU. nace el Tea Party la base popular de un nuevo impulso neocons republicano. Las tecnológicas apoyan a Obama que a cambio les da acceso a fondos públicos de una dimensión desconocida y accede a privatizar la carrera espacial. Poco después, la Troika (FMI, BM y BCE) impone su disciplina en el Sur europeo y asalta de forma implacable el orden democrático griego y el gobierno de izquierdas de Syriza.

Las elites norteamericanas empiezan a percibir el resurgir chino mientras, en paralelo, sienten los efectos que la depauperación de las clases medias traía

consigo, la pérdida de empleos industriales. Y poco a poco, sus administraciones empiezan a asumir la necesidad de dar un giro radical a los planes de gobierno.

Las alertas que llegan desde Oriente estallan en 2015 cuando China, dirigido por Xi Jinping, lanza la estrategia «Made in China 2025» que explicita la voluntad de autonomía tecnológica.

En 2018 Trump inicia la campaña contra Huawei y CTC. Obliga a la primera, en 2019, a abandonar Android y ésta responde inmediatamente creando su sistema operativo, Harmony, en código abierto. Ahora es la base no solo de sus móviles sino también de sus vehículos autónomos de 1.ª generación.

En esos años aparecen múltiples evidencias que señalan a China como una alternativa real al poder hegemónico de EE.UU. por su capacidad de aprovechar a su favor la especialización productiva de la globalización multilateral. Pero el análisis autocrítico mas claro lo verbalizó J. D. Vance, vicepresidente de la segunda Administración Trump, en marzo de 2025, al señalar² como un error retener en el territorio exclusivamente las fases creativas y de diseño, que se entendían como adecuadas y suficientes para favorecer la innovación. «Nos equivocamos. Resulta que las zonas geográficas que fabrican son muy buenas diseñando cosas. Hay efectos de red, de modo que a medida que mejoraban en el extremo inferior de la cadena de valor, también empezaron a alcanzarnos en el extremo superior. Nos apretaron por ambos extremos».

Ya ha cuajado en las élites norteamericanas la convicción profunda de que el tiempo juega a favor de China y que EE.UU. está obligado a enviar señales a los países que formen parte relevante del entramado geopolítico chino, Venezuela e Iran en particular, y utilizar-

1. William Davies. *The Limits of Neoliberalism: Authority, Sovereignty and the Logic of Competition* (2014)

2. <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-the-vice-president-the-american-dynamism-summit>

los como excusa para exhibir su determinación y su poder militar.

Eso son los hechos. La cuestión es entender las razones profundas y los rasgos del cambio

Un punto de inflexión crucial se produce con la crisis del COVID-19. Entender cómo influye en la necesidad de un nuevo tipo de poder de carácter imperial obliga a relacionarlo, por un lado, con los rasgos de la emergencia tecnológica de China y, por otro, con la naturaleza de la evolución de los intereses de las grandes empresas tecnológicas. Juntos justifican los elementos suficientes para la configuración de un bloque de poder que trasciende a la Administración Trump.

Conviene profundizar por separado en esos elementos para entender sus fundamentos.

1. COVID-19, la autonomía estratégica y el nuevo «imperialismo»

Si, en sí mismo, el COVID-19 supuso un *shock* de dimensiones globales, pronto quedó claro que sus consecuencias podían alterar los cimientos del poder estadounidense hasta alcanzar un nivel que afectara de lleno a su hegemonía y a la misma seguridad nacional.

Surgió, aparentemente en las afueras de las lógicas productivas, como un accidente, algo sobrenatural a la lógica del capitalismo, pero sin embargo fue algo natural al Sistema Mundo y largamente anticipado por los más atentos a la crisis medioambiental en ciernes.

EE.UU. había construido su liderazgo a caballo de desequilibrios económicos estructurales, los denominados «déficit gemelos» expresados en las cuentas públicas y en el balance exterior por cuenta corriente.³

La ruptura brusca de las cadenas de suministro que habían dado soporte a la globalización multilateral apuntaba a una reestructuración productiva que afectaba profundamente a los mercados de capitales. La



«autonomía estratégica» se convierte en la idea fuerza del momento y las élites estadounidenses pronto captan sus riesgos.

Si cada potencia debía internalizar sus suministros estratégicos, si la globalización se fragmentaba en bloques regionales, la disponibilidad de flujos de capital globales excedentarios, que hasta ahora habían permitido financiar los déficit estructurales de la economía de EE.UU., podrían disminuir y ahogar su economía. Los países y regiones que hasta ahora habían sido exportadores de capital hacia EE.UU. asumían, con el principio de la autonomía estratégica, la obligación de atender las mayores necesidades de inversión interna en sus territorios.

EE.UU. debía mostrarse decidido a impedirlo, dando los pasos necesarios para disciplinar, al menos, al mundo desarrollado y poner límites a esa «autonomía estratégica» en cuatro campos decisivos: tecnología, energía, defensa y comercio, que es como decir en todo lo importante. Esa disciplina debía dirigirse a sus principales socios: Japón, Reino Unido, Canadá y Corea. Y también a las monarquías árabes. Pero sobre todo a la UE, en tanto que principal centro comercial del mundo.

Comprendió pronto que la única forma de disponer del capital global excedentario que había permitido financiar los déficit fiscales y comerciales era impidiendo que se destinaran, como inversión interna, en sus espacios económicos, a atender demandas de interés general que les reclamaban sus sociedades.

Esa disciplina de los aliados se ha justificado como contraprestación por ser EE.UU. el suministrador de dos bienes globales: la paz, como consecuencia de su hegemonía militar, y el dólar, como medio de pago glo-

3. En 2024 el déficit público en Estados Unidos alcanzó el 7,26 % del PIB mientras el promedio de los últimos 10 años fue del 5 %; su deuda pública asciende al 121 % sobre PIB, quince puntos más que en 2018, y el déficit de la cuenta corriente el 3,9 % del PIB, un 25 % más que el año anterior y por encima del 2,8 % de promedio de los últimos 10 años.

La Administración Trump ha demostrado, al tiempo, una gestión caótica y una capacidad evidente para imponer un régimen de servidumbre. Ha conseguido que los miembros europeos de la OTAN acepten destinar un 5 % de su PIB al gasto militar, una presión que implica compras de armamento a EE.UU.; también que sus «aliados» se comprometan a grandes volúmenes de inversión directa [...]

bal. Pero son, simplemente, un peaje para poder afrontar de forma inmediata y contundente el reto geoestratégico de China.

La Administración Trump ha demostrado, al tiempo, una gestión caótica y una capacidad evidente para imponer un régimen de servidumbre. Ha conseguido que los miembros europeos de la OTAN acepten destinar un 5 % de su PIB al gasto militar, una presión que implica compras de armamento a EE. UU.; también que sus «aliados» se comprometan a grandes volúmenes de inversión directa: 2 billones de dólares de los países del Golfo, 600.000 millones de la UE, 550.000 millones de Japón y 350.000 millones de Corea del Sur, al tiempo que aceptan aranceles que más que triplican los anteriores (que eran del 4,5 %). La UE, además, se compromete a comprar petróleo y gas esquisto por valor de 750.000 millones de dólares hasta 2028.

2. Los rasgos de la emergencia tecnológica de China

Analizar los elementos clave del desarrollo económico de China es un asunto central para comprender el momento en que se encuentra el mundo.

La inversión productiva y el crecimiento son el centro de su modelo económico. El resultado es que, con datos del Banco Mundial, la capacidad de inversión china, expresada en «formación bruta de capital fijo» se mantiene en un promedio del 40 % de su PIB (41,1 % en 2023), mientras EE. UU. se sitúa en el entorno del 22 % de su PIB, lo que supone que no solo la casi duplica en términos relativos, sino que también la supera en términos absolutos.

Toda esa inversión se vuelca a la economía productiva y hacia incrementos acumulativos de su productividad. China está implementando un programa de infraestructuras públicas que integran redes de alta velocidad con puentes, puertos y canales con el fin de vertebrar el territorio y revolucionar la logística. El resultado es que los tiempos de respuesta de las transacciones y los intercambios, variable fundamental de la productividad agregada, se reducen, año a año.

El PC chino dirige la economía, marca sus pautas hacia la innovación tecnológica y disciplina a las grandes corporaciones privadas.

El control «por arriba» del marco económico determina los ejes de desarrollo y el «qué producir», objetivo que se prioriza y antepone a cualquier intento de modificar el «cómo producir», es decir, en propiciar cambios en las relaciones entre capital y trabajo o a impulsar sistemas participativos de cogestión o de participación de los trabajadores en el capital. La verticalidad empresarial se impone a la voluntad por imponer un modelo de buen gobierno corporativo o de relaciones laborales participativas propios de la democracia económica, aunque eso no signifique que existan casos reseñables que es conveniente conocer (la líder Huawei, por ejemplo, es una empresa en la que el 99 % de capital está en manos de sus trabajadores).

El Estado chino establece marcos regulatorios claros y está representado por grandes empresas públicas con gran peso en los sectores estratégicos (finanzas, energía, infraestructuras, telecomunicaciones) pero tolera la gestión independiente en las grandes corporaciones privadas, siempre que el destino de los beneficios priorice la reinversión en programas de I+D+i sobre el reparto de dividendos.

EE. UU. y China están confrontando, además, dos modelos de innovación. En EE. UU. se asoció a pequeñas *startup*, luego convertidas en líderes globales, destinadas a crear nuevas dinámicas en servicios de interacción ciudadana... pero desconectada de los procesos productivos. En cambio, la innovación de procesos, en la que China sobresale, se ha demostrado determinante para impulsar y modernizar su amplia base manufacturera. Las llamadas «tres nuevas industrias», (vehículos eléctricos, baterías y energía renovable), ya contribuyen con un 40 % estimado al crecimiento del PIB de China.

Su éxito confirma que el progreso tecnológico depende, en última instancia, de la capacidad de sincronizar los esfuerzos de una nación o una comunidad territorial para difundir y diseminar la innovación, a fin de escalar e impulsar la productividad agregada y el crecimiento potencial. Los programas de subvenciones del Gobierno chino afectan a todas las fases de los procesos productivos, desde materias primas a componentes intermedios y productos finales. Ese esquema busca «desarrollar un nuevo ecosistema tecnológico desde cero» a una velocidad y escala sin precedentes que ya estaba testado en sus exitosas experiencias en productos de fabricación de gama baja y media.

3. El excedente de las tecnológicas y su evolución

Es indiscutible la capacidad de seducción y de transformación de las relaciones sociales que han tenido las tecnológicas. Su liderazgo cultural y tecnológico ha cautivado a las clases medias de todo el mundo y está en la base del poder blando de EE. UU. y del éxito del neoliberalismo.

Conviene recordar que, en 2008, cuando estalla la crisis, las tecnológicas no son todavía una parte determinante del poder. Solo Microsoft estaba en lo alto del *ranking* del Nasdaq, conseguido con Windows, que dominaba con un 93 % el mercado de portátiles. Apple, que dominaba la descarga de música con su iPod desde 2001, acababa de lanzar el iPhone. Google era una tecnológica de nicho y estaba abriendo al público Gmail, Twitter llevaba pocos meses de existencia, Facebook sólo funcionaba en inglés y aún no había surgido WhatsApp. La sociedad agradecía la gratuidad de los buscadores y el correo electrónico y los medios los concebían como un instrumento gratuito para abaratar costes.

No estaba clara la forma de monetizar esos servicios. Pero las tecnológicas siempre fueron conscientes de que el control y explotación de datos ajenos era la materia prima esencial de la fase cognitiva del nuevo capitalismo.

Con costes marginales «cero», en apenas ocho años alcanzaron el *status* de oligopolio global que a Toyota le llevó 80 años. Pronto comprendieron que su futuro debía asumir la lógica de dominio de las grandes corporaciones (energéticas, farmacéuticas, financieras...). Y que más que centrarse en la innovación interna lo esen-

Más que basarse en mejoras de productividad y en la extracción de plusvalías a sus trabajadores del conocimiento, era mucho más rentable y barato centrarse en la captación de rentas a sus clientes y usuarios, amparados en situaciones de privilegio conseguidas en los órganos reguladores de los Estados nacionales o entidades supranacionales, como la UE

cial era tener suficiente músculo financiero para adquirir cualquier empresa que destacara con un proyecto innovador ya testado. La lógica financiera se impone a la productiva.

Más que basarse en mejoras de productividad y en la extracción de plusvalías a sus trabajadores del conocimiento, era mucho más rentable y barato centrarse en la captación de rentas a sus clientes y usuarios, amparados en situaciones de privilegio conseguidas en los órganos reguladores de los Estados nacionales o entidades supranacionales, como la UE.

El resultado de esas nuevas lógicas se manifiesta en el despido de trabajadores de alto valor con la justificación de la IA, mientras multiplican los gastos de *lobby* y cabildeo con las instituciones⁴

Ambos pasos definen el carácter crecientemente extractivo de sus excedentes empresariales.

El apoyo a Trump significaba un paso más. Como si sus gestores hubieran interiorizado que su negocio, el más avanzado en cuanto a innovación cognitiva, dependía, cada vez más, de un doble negocio extractivo de dimensión global: de la «minería de datos» en su dimensión cognitiva, base del Big Data, y de la minería de las «tierras raras» como soporte físico de los bancos de datos, imprescindible ambos para la IA.

Esa asunción les acerca al negocio más primario de los conocidos, el de la minería tradicional, que desde los tiempos inmemoriales de Babilonia ha utilizado la rapiña de recursos ajenos basado en el poder militar como algo esencial.

4. <https://www.jornada.com.mx/2026/04/26/economia/013n2eco>

Significa asumir, sin ningún pudor, que su negocio global debería ser considerado una «razón de estado», una reclamación que ha pasado a ser explícita cuando se han consolidado dos evidencias. La primera es que su propia competitividad tecnológica depende de recursos públicos indispensables para poder competir con China y que eso pasa por hacer valer su papel de sustento indiscutible del poder económico, financiero y militar de EE.UU. La segunda, que solo estando pegados a un poder con rasgos imperiales podrían eludir los controles públicos.

Significa asumir, sin ningún pudor, que su negocio global debería ser considerado una «razón de estado», una reclamación que ha pasado a ser explícita cuando se han consolidado dos evidencias. La primera es que su propia competitividad tecnológica depende de recursos públicos indispensables para poder competir con China y que eso pasa por hacer valer su papel de sustento indiscutible del poder económico, financiero y militar de EE.UU. La segunda, que solo estando pegados a un poder con rasgos imperiales podrían eludir los controles públicos:

- Primero, los de su propio país. Cuando en 2025 Trump consigue el apoyo de las tecnológicas, lanza nada más subir al poder *Tech First*, que suspende cualquier acuerdo en materia fiscal y reguladora firmado por la anterior Administración Biden.
- Después, los de otros estados, en particular del alcance de las disposiciones de la UE, Canadá y Australia para imponer regulaciones crecientes.

El intervencionismo antiregulador con la UE, las políticas arancelarias presentadas como vasallaje o la obsesión por apropiarse de yacimientos de tierras raras y, en el interior, el desmontaje de contrapoderes son actuaciones aceptadas en esa dirección. La recuperación de la industria es solo la retórica pública que la justifica.

4. Trump y la configuración de un nuevo bloque de poder

No hay duda de que el momento actual es la continuación de la lógica neoliberal punitiva que Davies sitúa en la crisis del 2008. Pero Trump es un salto cualitativo. Es otra cosa, es el poder en estado puro, caprichoso, implacable en el uso de recursos directos, un poder sin metáfora.

Es personalista y, por tanto, transitorio, pero es más que eso. Es también un cambio sistémico que responde a la necesaria reconfiguración del Estado al servicio de un nuevo bloque de poder que reclama un dominio que no dude en usar la fuerza.

El entrelazamiento entre Silicon Valley, Wall Street y Pentágono, junto a las industrias extractivas tradicionales (petróleo y gas *fracking*) es evidente. En conjunto, reúnen a las mayores empresas cotizadas en un momento caracterizado por una fuerte demanda de capital e inversiones asociadas a la IA y la competencia con China. Merece la pena recordar que en 2025 los fondos relacionados con megacentros de datos se situaron en el rango de los 350.000 millones de dólares anuales y se estima en 500.000 millones lo demandado para 2026.

Buena parte de esos fondos deben obtenerlos del exterior, en parte de las monarquías del Golfo y de la UE y otros aliados. La disputa agresiva por captar recursos y rentas de otros países es una cuestión de supervivencia.

Otro rasgo del momento es la desintermediación del poder. Personalidades destacadas de la América corporativa dan un paso al frente directamente y se sirve, pocas veces y en segundos niveles, de la experiencia de políticos profesionales.

La vocación de largo plazo del nuevo esquema de poder es un tercer rasgo. Lo demuestra la voluntad de control de medios tradicionales y nuevos (*Washington Post*, *CBS*, *CNN*, *TicTok*) por personas muy vinculadas a Trump. Se trata de un proyecto reaccionario de vocación global, que se exporta a las naciones desarrolladas mediante el apoyo a partidos de extrema derecha, a las que conminan para que se hagan con el gobierno de sus estados nacionales e impongan la disciplina a cualquier contrapoder existente.



Imagen de Igor Omilaev (Unsplash).

Trump no parece un episodio aislado en la pugna por la hegemonía del mundo. En tanto que potencia dominante, EE.UU. necesita un cambio de rumbo de forma que buena parte de las políticas iniciadas sobrevivirán a su administración, aunque se produzca un cambio en las formas.

El liderazgo de las tecnológicas en ese nuevo poder es evidente. Su hegemonía necesita un poder duro capaz de poner los recursos del Estado a su servicio para mejorar la competencia, en un contexto de pugna tecnológica con China, como indiscutida potencia ascendente.

Conclusiones

Trump no parece un episodio aislado en la pugna por la hegemonía del mundo. En tanto que potencia dominante, EE. UU. necesita un cambio de rumbo de forma que buena parte de las políticas iniciadas sobrevivirán a su administración, aunque se produzca un cambio en las formas.

Paradójicamente, lo que viene no podemos considerarlo un «nuevo orden» con pautas reconocibles, sino una etapa de desorden necesario en el que la UE tendrá dificultades para alcanzar un mínimo de autonomía estratégica en las áreas más decisivas.

La disputa por la hegemonía se asume como una cuestión de ritmos y plazos. Mientras la implantación de China como potencia ascendente necesita tranquilidad y tiempo para desarrollarse a medio y largo plazo, la hegemonía de EE. UU. se ve obligada a fomentar tensiones, a «sembrar el caos», con constantes focos de tensión como forma inmediata y recurrente de inestabilidad que interrumpan el ritmo constante de expansión china. Este escenario marcará, con seguridad, la próxima década y quizás la siguiente. ■

Jorge Pérez

Doctor en Economía y exjefe de Regulación Contable del Banco de España

El presidente de Canadá y exgobernador del Banco de Inglaterra, Mark Carney, afirmaba en Davos: «el viejo orden mundial está muerto». Este orden incluye el Sistema Monetario Internacional dominado por el dólar de los EE. UU. desde hace más de 80 años, primero durante el periodo de vigencia de los Acuerdos de Bretton Woods (1944-1973) y desde junio de 1974 cuando tras la primera crisis del petróleo (octubre 1973) los principales países árabes productores de petróleo (particularmente Arabia Saudí) aceptaron vender su petróleo exclusivamente en dólares a cambio de protección militar y apoyo estratégico internacional, incluido el aumento de su participación y derechos de voto del 5 % al 10 % en el Fondo Monetario Internacional (FMI) a costa de los países industriales.

Y es que el Sistema Monetario Internacional actual basado esencialmente en el dólar de los EE. UU. no sobrevivirá, como no lo hizo el basado en la libra esterlina o el franco francés. Una parte importante de lo que está ocurriendo en esta segunda presidencia de Donald Trump quizá pueda explicarse por la necesidad de contestar a una interrogante esencial: ¿qué tipo de moneda necesitaríamos para tener un sistema financiero internacional seguro que facilite estabilidad financiera y crecimiento mundial ordenado, que fueron las propuestas para las que se creó el FMI en 1944? En la Historia hubo distintos intentos de encontrar solución a ello, incluido el Patrón Oro, el Patrón de Cambio Oro y el Sistema adoptado en Bretton Woods en 1944, y el actual absolutamente fiduciario con tasas de cambio flotantes. Todos ellos colapsaron por causas de las crisis que originaron, cada una de ellas más intensa y profunda que la anterior.

La crisis de 2007 fue un verdadero mazazo para el Sistema Monetario Internacional. Y es que no fue una crisis financiera como las anteriores. Los macroeconomistas, que piensan en términos de desequilibrios entre ahorro e inversión, lo que temían era que el dólar pudiera hundirse si China reducía su demanda de bonos del Tesoro estadounidense y EE. UU. no lograba finan-



Imagen de Igor Stevanovic (Adobe Stock).

ciar su enorme déficit comercial exterior. El enorme déficit comercial de los EE. UU. indica que los estadounidenses gastan más de lo que producen y viven por encima de sus posibilidades. Y es que ese profundo déficit comercial de los EE. UU. pone de manifiesto las contradicciones de un Sistema Monetario Mundial basado en el dólar por el que los países deben acumular dólares y al hacerlo contribuyen a los hábitos despilfarradores de los estadounidenses.

Y sin embargo, las causas de la crisis financiera de 2007 estaban en otro lugar: en la alocada desregulación de los mercados financieros desde los años 90, en una regulación bancaria que dejaba en manos de los propios bancos la estimación del capital que necesitaban y en un recorte notable de las tasas de interés tanto en los EE. UU. (tras los atentados de los Torres Gemelas en 2001) como en Europa (tras la adopción del euro en 2000).

En respuesta a todo ello, los bancos estadounidenses y sus colegas europeos se precipitaron en masa hacia actividades cada vez más arriesgadas y especulativas a la búsqueda de mayor rentabilidad, y sobre todo de más elevados bonus para sus ejecutivos. Las autoridades encargadas de vigilar el sistema financiero (con el FMI a la cabeza) estaban cargadas de macroeconomistas cuando debían haber contado con contables

que supieran identificar riesgos en los balances de los bancos, que eran los que acechaban bajo la superficie. Gran parte del endeudamiento de los estadounidenses se hizo, de un lado, para consumir productos de otros países, lo que deterioraba su industria, y, de otro, para adquirir viviendas mediante préstamos hipotecarios otorgados por los bancos cada vez con menor rigor, o incluso ningún rigor (*subprime*) que se terminaban sacando de los balances bancarios, agrupándolos y vendiéndolos por la UE y Japón fundamentalmente. Fue el modelo de banca denominado: «originar para distribuir». Lo irónico de la crisis de 2007 fue que la sufrieron los países avanzados y no los emergentes, a los que se daban continuamente lecciones de supervisión bancaria, gobernanza y transparencia. Nada más lejos de la realidad en los países avanzados. Los problemas estaban en unos administradores bancarios más interesados en sus propios beneficios que en los de los accionistas y en unos supervisores que no solo no pusieron coto a las políticas de los banqueros sino que miraban para otro lado.

Los riesgos se hicieron evidentes por dos hechos: la crisis financiera afectó a fondos de inversión grandes y a bancos muy importantes, y pese a que EE. UU. era el epicentro, la crisis no se limitó a ese país y se cebó de otros, de manera particular en la zona euro, sobre todo en España e Irlanda. Cuando la crisis estalló, la reacción de Reserva Federal (FED) fue utilizar la libertad de no tener que defender la tasa de cambio del dólar con ninguna otra moneda. En todas las épocas de crisis, la liquidez es el bien máspreciado, así que la FED inundó el mercado de dólares (787.000 millones de dólares) para apuntalar su economía y salvar a sus bancos. La estructura de apoyo bancario planteó problemas a los bancos de otros países que se habían endeudado en dólares y empezaron a tener problemas para devolverlos. La FED acordó con distintos bancos centrales (solo países ricos) líneas de crédito recíprocas (*swaps*) con poca publicidad para evitar que el Congreso se negara a que se ayudara a rescatar bancos de otros países. Tampoco había garantías de que la FED respondiera siempre así ni que el Congreso permitiera rescates de bancos extranjeros.

La crisis financiera de 2007 y la forma de abordarla por las autoridades de EE. UU. contrastó fuertemente con lo ocurrido en anteriores crisis bancarias, cuando los compromisos de tasa de cambio evitaban que los Bancos Centrales respondieran ante las crisis bancarias inyectando liquidez a los bancos sin considerar

seriamente su solvencia. Libre de tener que defender la tasa de cambio, la FED apostó por inyectar liquidez en sus bancos y mercados financieros. La tasa de cambio se estabilizó y el dólar se fortaleció notablemente. Este era el reflejo del estatus del dólar como moneda de reserva mundial y del hecho de que el bono del Tesoro estadounidense sea el mayor y más líquido activo financiero mundial.

El resultado de la crisis de 2007 fueron decenas de propuestas para cambiar el dólar como moneda de referencia para el comercio mundial, incluido un mayor desarrollo de los derechos especiales de giro (DEG) emitidos por el FMI o la búsqueda de acuerdos entre países como los planteados por los BRICs. Ha habido mucho debate pero pocos cambios estructurales profundos. Y es que la aceptación de la moneda de un país basada en el crédito (el dólar ahora) como moneda de reserva internacional, algo inédito en la historia, enfrenta al país emisor a un permanente dilema (Dilema de Triffin) entre cómo alcanzar sus objetivos nacionales y como satisfacer la demanda de su moneda por otros países. El estallido de la crisis de 2007 y su propagación por el resto del mundo reflejó intensamente las vulnerabilidades inherentes y riesgos sistémicos del Sistema Monetario Internacional actual. Y es que cuando una moneda nacional se utiliza para fijar el precio de materias primas, liquidar transacciones comerciales internacionales y servir como moneda de reserva global, los esfuerzos de las autoridades monetarias emisoras para corregir desequilibrios mediante la tasa de cambio son ineficaces, ya que su moneda funciona como referencia de muchas otras. La frecuencia e intensidad de las crisis bancarias (y la forma de abordarlas por los EE. UU.) desde el abandono definitivo de Bretton Woods en 1973, de manera particular la de 2007, muestran que los costes para el resto del mundo pueden haber superado ya los beneficios.

Convertir el dólar en la moneda de reserva del sistema monetaria no fue, por supuesto, una decisión de la actual Administración de los EE. UU., pero quizás sufra las consecuencias de tener que ser remplazada. La propuesta de reforma monetaria de Keynes en 1943 fue rechazada y se aceptó la presentada por Harry White, el economista que encabezaba la delegación estadounidense en Bretton Woods en 1944, ante su insistencia en sustituir la libra como moneda del comercio mundial. El deseo de convertir EE. UU. en un imperio monetario fue calificado por el propio Keynes como un cáliz envenenando del que beben los

necios, convencidos de que su dominio es eterno. Hace más de 80 años, Keynes, con su proverbial clarividencia, alertó del problema que hoy en día tanto el mundo como los EE. UU. tiene: que el dólar sea la moneda de referencia mundial.

Y es que ser la moneda de reserva mundial no solo le ha causado problemas al mundo, también a los EE. UU. Dado que el dólar estadounidense se utiliza para casi todas las transacciones internacionales, y dado que los EE. UU. tienen la economía más fuerte del planeta y los mercados de capitales más desarrollados, el dólar está significativamente sobrevaluado. Esto hace que su industria manufacturera sea poco competitiva y que el sector financiero sea muy próspero. En este contexto es fácil comprender que las clases populares estadounidenses, descontentas y marginadas, sean presa fácil de ideas políticas populistas que exploten sus sentimientos de haber sido traicionados.

A pesar de que las monedas nacionales como el dólar, el renmimbi o el euro dominan el pensamiento oficial y académico sobre posibles alternativas del Sistema Monetario Internacional, algunas personas se preguntan si el futuro del sistema financiero no estaría en los productos digitales encriptados basados en «libros mayores compartidos» y las cadenas de transacciones (*blockchain*) que ofrecen una alternativa de registro contable sin tener que recurrir a ningún intermediario financiero. Antes de nada, es preciso aclarar que este tipo de productos no son de ninguna de las maneras una moneda, y algunas de ellas ni siquiera son un activo al carecer de flujos de caja identificados o identificables. Llamar moneda a estos productos siempre ha sido un error que se presta a confusión entre los peor informados, ya que no son ni unidad de cuenta ni reserva de valor estable.

El bitcoin es uno de los más populares productos digitales encriptados. ¿Podría sustituir al dólar como moneda de pagos internacionales? Para los empresarios digitales y aficionados al riesgo, sí. Pero el problema es que en realidad el bitcoin (y sus competidores) no son una unidad de cuenta ni un valor fiable, como lo pone de manifiesto las continuas subidas y bajadas de precio, como por ejemplo pasar de casi 125.000 dólares en septiembre de 2025 a 69.000 dólares en abril de 2026. Dicho de otra forma, para un exportador los bitcoins no son una alternativa más interesante que un depósito bancario en dólares. La volatilidad de precio del bitcoin limita su atractivo como unidad de cuenta, no

puede ser una unidad de cuenta atractiva para expresar contratos de compraventa de petróleo o de cualquier otra materia prima.

El problema de la volatilidad de los precios se podría resolver mediante las denominadas «monedas estables», que son activos financieros digitales emitidos por un vehículo financiero (un fondo) con un valor relativamente estable respecto de un activo de o conjunto de activos referencia, por lo general deuda pública (es el caso de Tether). Al contrario que el bitcoin y sus competidores (como Ethereum etc.), que carecen de emisor legal y activo de contrapartida, las monedas estables tienen emisor y activos en que se invierten los recursos captados. Algunas de estas monedas estables están plenamente garantizadas, porque invierten en activos sin riesgo de crédito en cantidades equivalentes a las monedas estables emitidas. Ahora bien, este tipo de moneda es caro de mantener, porque para crear una nueva moneda estable es necesario adquirir una inversión sin riesgo. Así pues, alguien habrá preferido cambiar un dólar (por ejemplo) por una moneda estable cuyo valor es un dólar. No parece muy atractivo el negocio salvo para evasores de impuestos, lavado de dinero y actividades que buscan el anonimato que pueden proporcionar estas monedas estables. Esta naturaleza tan especial apunta que serán los gobiernos quienes no permitirían que sobrevivan mucho.

Hay otro formato de moneda estable cuyo valor no está garantizado y, por ello, resultan más baratos de crear. En esta variante, los recursos captados se invierten solo parcialmente en activos sin riesgo de crédito (deuda pública) y el resto se invierte en bonos más o menos líquidos pero que pagan intereses. Las emisiones no son monedas digitales sino bonos digitales, a distintos plazos, y pagan intereses pero no garantizados (ejemplos de ello son DAI savings, etc.). No resulta difícil reconocer las debilidades de esta clase de moneda estable. Al no estar garantizada, nadie querrá asumir las pérdidas, por lo que los inversores en esta clase de moneda actuarán como lo harían con un banco tradicional (pánico bancario).

Por ello, no es fácil que estas mal denominadas monedas digitales sobrevivan a las que los bancos centrales están considerando crear, entre ellos el Banco Central Europeo. Ello supondría permitir que cualquier persona o empresa pueda tener cuentas digitales en el banco central, y no solo los bancos comerciales. La idea que a primera vista parece muy atractiva no está

exenta de dificultades. Ante el dilema de tener depósitos en un banco privado o en el banco central, es obvio lo que las personas prudentes harían. La consecuencia de ello es que los bancos privados perderían atractivo para mantener depósitos del público y con ellos poder financiar sus préstamos. En este caso, el banco central será el que capte el ahorro a la vista de los ciudadanos y con ello estará afectando al proceso de asignación del crédito que realiza la banca privada. Todo ello sin ignorar que una moneda digital emitida por el banco central es un objetivo muy atractivo para los delincuentes. La seguridad de estas monedas tendría que ser absolutamente incuestionable.

Hay más de cien bancos centrales estudiando la implantación de estas monedas. Aun cuando los bancos centrales terminen emitiendo todos ellos monedas digitales y den acceso a los ciudadanos, ello no alterará sustancialmente el Sistema Monetario Internacional. Los importadores y exportadores darían la orden de pago o de cobro a sus bancos centrales, pero la función de las monedas (dólar, euro, renmimbi etc.) no cambiará. Dicho de otra forma, las monedas digitales no resolverán el problema actual del Sistema Monetario Internacional dominado por el dólar. Tras la experiencia del dólar, es difícil que la moneda de otro país, sea China u otro, se convierta en la moneda de reserva mundial sin más contrapartida que la confianza. De momento, la profundidad y liquidez que ofrecen los bonos del Tesoro estadounidenses y la agilidad de la FED abordando las crisis bancarias y de sus mercados parece crear más seguridad a los inversores que otras propuestas como el euro, el renmbibi etc. Pero, aun así, es necesario abordar la cuestión porque nada garantiza que lo que ha funcionado más o menos bien en el pasado, lo vaya a hacer en el futuro.

Lo ideal sería tener un Sistema Monetario Internacional que utilice una moneda de reserva que esté desconectada de cualquier nación y que pueda permanecer estable a lo largo del tiempo. No es nada nuevo. En 1943, Keynes propuso una moneda internacional independiente a la que denominó «*bancor*» basada en el valor de 30 materias primas ampliamente comercializadas ponderadas por su peso en el comercio mundial, su importancia industrial y su estabilidad en el mercado. Aunque nunca se publicó la lista definitiva

de estas, la idea era que esa cesta de materias primas incluyera las más importantes para la producción mundial, de modo que reflejara el precio promedio de lo que realmente produce la economía mundial. De esta forma, el *bancor* tendría un valor más estable, sería global y no nacional y reflejaría la producción real de la economía mundial. El sistema funcionaría sobre los principios de la banca comercial, como si fuese una gran cámara de compensación mundial: Unión de Compensaciones. Cuando un país exportara recibiría *bancores* y cuando importara pagaría con *bancores*. El *bancor* sería una moneda con poder de compra internacional, en términos de todas y cada una de las monedas nacionales. La Unión de Compensaciones se usaría solamente para liquidaciones de saldos pendientes entre los bancos centrales, pero también podría otorgar préstamos a los países deficitarios con los saldos acreedores de los países excedentarios, pero con límites para evitar tendencias inflacionarias. El sistema ideado por Keynes penalizaría tanto a los que acumularan muchos *bancores* (exportadores) como a los que debieran muchos *bancores* (importadores), porque el objetivo es tener un comercio global equilibrado y que no recaigan siempre los ajustes en los países débiles.

Los Estados Unidos de Trump se mueven entre estas alternativas y los dilemas que plantean, que quizá puedan explicar las idas y venidas en su toma de decisiones. ¿Se puede creer con fundamento que su apuesta por las criptomonedas es realmente una opción realista para garantizar el dominio del dólar? ¿Puede Estados Unidos mantener su divisa como de referencia internacional sin aumentar su declive industrial? ¿Fomentar monedas estables vinculadas a grandes corporaciones estadounidenses refuerza realmente al dólar y soluciona el problema?

Una cosa parece estar clara, las opciones más viables, las que pueden aportar más estabilidad y solvencia, son las que requieren más multilateralidad y amplios consensos. Si Estados Unidos, con Trump a la cabeza o con cualquier otro presidente, opta por salvarse a sí mismo para enfrentar la crisis del dólar y, por extensión, la del Sistema Monetario Internacional, lo que cabe esperar es más inestabilidad y, quizá, conflictos de todo tipo más abundantes. ■

Xulio Ríos

Asesor emérito del Observatorio de la Política China*

Si bien la percepción de China como competidor estratégico puede rastrearse ya en la Administración de Barack Obama —especialmente a partir del llamado *pivot to Asia* y de la creciente preocupación por el ascenso tecnológico y militar chino—, fue durante el primer mandato de Donald Trump cuando dicha visión adquirió carta plena de naturaleza y se convirtió en eje estructurante de la política exterior estadounidense. A partir de entonces, la competencia con China dejó de concebirse como un fenómeno sectorial o circunstancial para transformarse en un marco general de interpretación de las relaciones internacionales, con implicaciones económicas, tecnológicas, militares e ideológicas.

Entre las principales manifestaciones de este giro estratégico cabría destacar, en primer lugar, la redefinición oficial de China como «competidor estratégico». La Estrategia de Seguridad Nacional de 2017 y la Estrategia de Defensa Nacional de 2018 identificaron explícitamente a China como un rival sistémico capaz de desafiar la primacía estadounidense. Ello supuso abandonar definitivamente el paradigma previo, basado en la expectativa de que la integración económica de China en el orden liberal internacional conduciría gradualmente a su convergencia política y normativa con Occidente.

Sin duda, la guerra comercial y arancelaria fue convertida en el símbolo más visible de la nueva etapa. La imposición de aranceles evidenció la voluntad estadounidense de corregir lo que Washington consideraba desequilibrios estructurales, es decir, déficit comercial, transferencia forzada de tecnología, subsidios estatales y prácticas industriales consideradas desleales. La relación económica comenzó así a interpretarse crecientemente en términos de vulnerabilidad estratégica y no sólo de interdependencia beneficiosa.

La progresiva securitización de la competencia tecnológica, especialmente en sectores considerados críticos para la hegemonía futura (semiconductores, inteligencia artificial, telecomunicaciones, computación cuántica o biotecnología) fue ejemplificada en el caso de Huawei, que constituyó un punto de inflexión al plantearse ya no únicamente como una cuestión comercial, sino como un problema de seguridad nacional y de control de infraestructuras estratégicas.

Así las cosas, la consolidación de una lógica de desacoplamiento parcial (*decoupling*), orientada a reducir dependencias consideradas sensibles, recibió todas las bendiciones. Aunque nunca llegó a materializarse una desvinculación económica integral —difícilmente viable dada la profundidad de la interdependencia—, sí comenzó a impulsarse una diversificación de cadenas de suministro, restricciones a inversiones y controles a la exportación de tecnologías avanzadas.

En lo conceptual, el endurecimiento del discurso ideológico pasó a presentar la rivalidad no sólo como una disputa de poder entre Estados, sino también como una confrontación entre modelos políticos y civilizatorios. China dejó de ser descrita únicamente como competidor económico para aparecer crecientemente como desafío sistémico al liderazgo occidental y al orden liberal internacional. La UE «compró» con singular diligencia el nuevo catecismo.

En paralelo se fue trazando una creciente dimensión militar y geopolítica de la rivalidad, visible tanto en el reforzamiento de alianzas en el Indo-Pacífico como en el aumento de las tensiones en torno al Mar de China Meridional y Taiwán. La Administración Trump intensificó las operaciones de «libertad de navegación», fortaleció los vínculos con socios regionales y comenzó a perfilar el Indo-Pacífico como principal teatro estratégico del siglo XXI.

En Washington, todo ello cundió en la ampliación del consenso bipartidista respecto a China. Aunque con matices y estilos diferentes, la percepción de China

* Su último libro: *Marx&China. La sinización del marxismo*, Akal, 2025

[...] el primer mandato de Trump actuó como catalizador y acelerador de tendencias ya presentes en sectores estratégicos estadounidenses. La diferencia fundamental residió en que la competencia con China dejó de percibirse como una cuestión secundaria o limitada a determinados ámbitos para convertirse en el principio organizador de la política exterior y de seguridad nacional de Estados Unidos en el siglo XXI.

como principal desafío estratégico trascendió la alternancia política y acabó consolidándose como uno de los pocos consensos duraderos entre republicanos y demócratas. La posterior Administración de Joe Biden no alteró sustancialmente este diagnóstico, sino que profundizó en muchos de sus elementos, especialmente en el terreno tecnológico y de alianzas.

En conjunto, más que inaugurar una política completamente nueva, el primer mandato de Trump actuó como catalizador y acelerador de tendencias ya presentes en sectores estratégicos estadounidenses. La diferencia fundamental residió en que la competencia con China dejó de percibirse como una cuestión secundaria o limitada a determinados ámbitos para convertirse en el principio organizador de la política exterior y de seguridad nacional de Estados Unidos en el siglo XXI.

Biden siguió el mismo guión

La Administración de Joe Biden no rebajó la presión sobre China sino que, en muchos aspectos, la sofisticó y sistematizó. Frente al estilo más unilateral, transaccional y confrontativo de Donald Trump, Biden mantuvo intacto el diagnóstico estratégico de fondo —China como principal competidor sistémico de Estados Unidos—, aunque dotándolo de una arquitectura más estable, coordinada y multilateral.

La continuidad fue evidente en ámbitos como los controles tecnológicos, las restricciones a los semiconductores avanzados, la presión sobre Huawei o la voluntad de reducir dependencias estratégicas. Sin embargo,

la nueva Administración procuró desplazar el énfasis desde la lógica del desacoplamiento generalizado (*decoupling*) hacia fórmulas más selectivas como el llamado *de-risking*, orientadas a limitar vulnerabilidades críticas sin destruir completamente la interdependencia económica. La UE también «compró» este otro catecismo.

Al mismo tiempo, Biden reforzó la dimensión aliancista de la competencia. La presión sobre China dejó de plantearse prioritariamente en términos bilaterales para insertarse en marcos de coordinación con aliados europeos y asiáticos. Iniciativas como el fortalecimiento del QUAD, la creación de AUKUS o la creciente coordinación tecnológica con Japón, Corea del Sur y la Unión Europea respondían a la idea de que la rivalidad con China exigía articular coaliciones duraderas y capacidades compartidas para sustentar la hegemonía liberal global.

También se produjo una mayor elaboración conceptual de la competencia. La Administración Biden trató de presentar la rivalidad no como una simple confrontación comercial, sino como una disputa estructural sobre estándares tecnológicos, resiliencia industrial, cadenas de suministro, gobernanza global y capacidad de innovación. La política industrial estadounidense —visible en programas de subsidios y reindustrialización tecnológica— pasó así a concebirse como parte inseparable de la competencia estratégica con China.

Paradójicamente, mientras el discurso de Trump tendía a enfatizar la confrontación directa y el antagonismo político, Biden intentó combinar firmeza estratégica con mecanismos de estabilización que evitaran una deriva incontrolada hacia el conflicto abierto. De ahí la insistencia en establecer «quitamiedos» en la relación bilateral, especialmente en el plano militar y diplomático.

En definitiva, si Trump convirtió la competencia con China en el eje explícito de la política exterior estadounidense, Biden contribuyó a institucionalizarla, dotándola de mayor coherencia burocrática, densidad aliancista y sofisticación política y estratégica.

¿Una reconsideración en su segundo mandato?

En su segundo mandato, llegando ya al ecuador, un primer balance de la competencia con China debe tomar

[...] el balance provisional apunta a que la competencia con China no constituye un episodio coyuntural, sino el marco estructurante de la política internacional contemporánea. No obstante, también pone de relieve que, pese a la intensidad de la presión ejercida por Washington, Estados Unidos no ha logrado alterar de manera decisiva las dinámicas fundamentales del ascenso chino ni definir todavía un equilibrio estable entre contención, coexistencia y competencia. Tanto Estados Unidos como China tienden crecientemente a interpretar la relación en términos de competencia sistémica de largo plazo.

en consideración varios elementos que permiten apreciar tanto las continuidades como las contradicciones y límites de la estrategia estadounidense.

Sin duda, persiste el consenso estratégico anti-chino en Washington. Lejos de atenuarse, la percepción de China como principal desafío sistémico se ha consolidado aún más en los ámbitos político, militar, tecnológico y económico. La competencia con Beijing continúa actuando como uno de los pocos consensos estructurales de la política estadounidense, trascendiendo divisiones partidistas.

La rivalidad tecnológica se ha consolidado como el núcleo central de la competencia. Los semiconductores avanzados, la inteligencia artificial, la computación cuántica, las telecomunicaciones y el control de minerales estratégicos se han convertido en ámbitos prioritarios. Más que una simple disputa comercial, la confrontación gira crecientemente en torno al control de las tecnologías consideradas decisivas para la primacía económica y militar futura.

No obstante, pese al endurecimiento de controles, sanciones y restricciones, la interdependencia entre ambas economías sigue siendo profunda. Las cadenas globales de suministro, la magnitud de los intercambios comerciales y la propia estructura del capitalismo global dificultan una desvinculación completa.

Ello ha obligado a modular el discurso maximalista inicial hacia fórmulas más pragmáticas de diversificación y reducción de riesgos. La fallida guerra arancelaria de Trump contra China acabó perjudicando a su propia economía y a su población, y los controles de exportación de Beijing sobre los elementos de tierras raras obligaron finalmente a Trump a dar marcha atrás.

Asimismo, la dimensión geopolítica y militar de la competencia no deja de crecer particularmente en el Indo-Pacífico. Las tensiones en torno a Taiwán, el reforzamiento de alianzas regionales y el incremento de capacidades militares en la región reflejan que la rivalidad ha adquirido un componente estratégico cada vez más sensible, con riesgos potenciales de escalada.

China, frente a la presión estadounidense, ha mostrado cierta resiliencia. Aunque su economía ha mostrado signos de desaceleración y enfrenta dificultades estructurales —crisis inmobiliaria, endeudamiento, debilidad del consumo interno o tensiones demográficas—, no se ha producido ni un colapso económico ni una contención efectiva de sus capacidades tecnológicas y militares. Al contrario, Beijing ha acelerado políticas de autosuficiencia tecnológica y reducción de dependencias externas. En la guerra tecnológica, su presión máxima solo provocó que China superara repetidamente a los proveedores estadounidenses. En la guerra comercial, China diversificó ampliamente sus exportaciones e incluso obtuvo un superávit comercial récord.

Además, asistimos a la ampliación de la competencia en el terreno ideológico y normativo. La disputa ya no se limita al poder material, sino que incluye modelos de gobernanza, estándares tecnológicos, instituciones internacionales y legitimidad política.

En conjunto, el balance provisional apunta a que la competencia con China no constituye un episodio coyuntural, sino el marco estructurante de la política internacional contemporánea. No obstante, también pone de relieve que, pese a la intensidad de la presión ejercida por Washington, Estados Unidos no ha logrado alterar de manera decisiva las dinámicas fundamentales del ascenso chino ni definir todavía un equilibrio estable entre contención, coexistencia y competencia. Tanto Estados Unidos como China tienden crecientemente a interpretar la relación en términos de competencia sistémica de largo plazo.

¿Ha sido la cumbre de mayo en Beijing un punto de inflexión?

Probablemente resulte prematuro afirmarlo. Más bien parece reflejar un intento de estabilización táctica dentro de una rivalidad estructural que ninguna de las dos partes está en condiciones de resolver ni tampoco de llevar hasta sus últimas consecuencias sin asumir costes extremadamente elevados. Pero podría marcar el reajuste más significativo en las relaciones bilaterales desde que comenzó la guerra comercial entre Estados Unidos y China en 2018.

La cuestión fundamental es que tanto Washington como Beijing parecen haber interiorizado simultáneamente dos ideas aparentemente contradictorias. La primera, que la competencia estratégica entre ambas potencias ha adquirido un carácter duradero y sistémico. La segunda, que una escalada descontrolada —económica, tecnológica o militar— podría generar efectos profundamente desestabilizadores para ambos y para el conjunto del sistema internacional.

En ese contexto, la cumbre puede interpretarse menos como el inicio de una etapa de distensión que como un intento de construir mecanismos mínimos de gestión de la rivalidad. No se trataría tanto de revertir la competencia como de impedir que ésta desemboque en una lógica de confrontación irreversible. Esto se aplica particularmente a Taiwán.

La expresión «estabilidad estratégica constructiva» refleja precisamente esa ambivalencia. Por un lado, reconoce la persistencia de intereses divergentes y de una competencia intensa en ámbitos decisivos como tecnología, comercio, influencia global, arquitectura de seguridad o liderazgo normativo. Por otro, sugiere la necesidad de establecer ciertos límites, canales de comunicación y espacios de cooperación selectiva que permitan evitar dinámicas de escalada incontrolada.

Sin embargo, las dificultades para construir esa estabilidad son considerables.

En primer lugar, porque la rivalidad sinoestadounidense no responde únicamente a desacuerdos coyunturales, sino a una transformación profunda de la distribución del poder global. Estados Unidos percibe el ascenso de China como el principal desafío a su primacía estratégica, mientras China interpreta muchas de las iniciativas estadounidenses como intentos de con-

[...] la rivalidad chino-estadounidense no responde únicamente a desacuerdos coyunturales, sino a una transformación profunda de la distribución del poder global. Estados Unidos percibe el ascenso de China como el principal desafío a su primacía estratégica, mientras China interpreta muchas de las iniciativas estadounidenses como intentos de contención orientados a frenar su modernización y limitar su proyección internacional.

tención orientados a frenar su modernización y limitar su proyección internacional.

En segundo lugar, porque la desconfianza mutua se ha institucionalizado progresivamente. Las restricciones tecnológicas, las tensiones en torno a Taiwán, la militarización del Indo-Pacífico, las agresiones a países políticamente cercanos, la disputa por los semiconductores o la competencia en inteligencia artificial alimentan percepciones recíprocas de vulnerabilidad estratégica.

En tercer lugar, porque la competencia posee una dimensión ideológica y de legitimidad cada vez más visible. Tanto Washington como Beijing tienden crecientemente a presentar la rivalidad como una confrontación entre modelos de organización política, capacidad de gobernanza y visiones del orden internacional.

Aun así, existen también factores que empujan hacia cierta estabilización. La profundidad de la interdependencia económica, los riesgos sistémicos asociados a una ruptura abrupta y la necesidad de cooperación en ámbitos globales —clima, finanzas, seguridad nuclear o cadenas de suministro— actúan como elementos moderadores.

Por ello, el escenario más probable a medio plazo quizá no sea ni una nueva guerra fría clásica ni tampoco una normalización plena de las relaciones, sino una coexistencia competitiva caracterizada por una combinación variable de confrontación, disuasión, negociación y cooperación limitada.

La verdadera incógnita reside en si ambas potencias serán capaces de construir reglas mínimas de gestión

de la competencia antes de que alguna crisis altere de forma abrupta el equilibrio actual. En última instancia, la viabilidad de una «estabilidad estratégica constructiva» dependerá menos de la desaparición de la rivalidad que de la capacidad de ambas partes para impedir que ésta derive en una dinámica de antagonismo absoluto.

¿Ha llegado el momento de instituir un G2?

A corto y medio plazo, todo apunta a una relación marcada simultáneamente por la competencia estructural y la necesidad de coexistencia. La idea de una normalización plena parece hoy poco realista, pero también lo parece un desacoplamiento total o una confrontación abierta permanente. La relación sinoestadounidense se mueve así en una zona intermedia de rivalidad gestionada, inestable pero todavía contenible.

En ese marco, es previsible que continúe la presión estadounidense en ámbitos considerados estratégicos, mientras China seguirá acelerando políticas de autosuficiencia tecnológica y reforzando su capacidad de resistencia frente a eventuales escenarios de contención prolongada.

Al mismo tiempo, ambas partes parecen cada vez más conscientes de que ciertos niveles mínimos de cooperación y comunicación resultan indispensables. La reapertura de canales militares, los contactos diplomáticos de alto nivel o la búsqueda de mecanismos de gestión de crisis indican que existe una voluntad compartida de evitar que la competencia desemboque en una dinámica de confrontación incontrolada. Sin embargo, las perspectivas de estabilización siguen siendo frágiles.

En ese contexto, reaparece periódicamente la cuestión de un eventual «G2», es decir, la institucionalización de una dirección compartida del sistema internacional por parte de Estados Unidos y China. La hipótesis no es nueva. Ya tras la crisis financiera de 2008 algunos sectores plantearon la posibilidad de una suerte de condominio estratégico entre ambas potencias, basado en el reconocimiento mutuo de su centralidad económica y política. No obstante, hoy las condiciones parecen poco propicias para una verdadera institucionalización de un G2.

[...] ambas partes parecen cada vez más conscientes de que ciertos niveles mínimos de cooperación y comunicación resultan indispensables. La reapertura de canales militares, los contactos diplomáticos de alto nivel o la búsqueda de mecanismos de gestión de crisis indican que existe una voluntad compartida de evitar que la competencia desemboque en una dinámica de confrontación incontrolada. Sin embargo, las perspectivas de estabilización siguen siendo frágiles.

En primer lugar, porque la desconfianza estratégica mutua es mucho más intensa que hace una década. Para Washington, un reconocimiento efectivo de un G2 legitimaría la erosión de su hegemonía global, mientras Beijing sospecha que cualquier fórmula de cogestión, especialmente si es jerárquica, podría traducirse en intentos de limitar su margen de autonomía y ascenso.

En segundo lugar, porque el sistema internacional actual es más fragmentado de lo que presupone la lógica de un directorio bilateral. Actores como la Unión Europea, India, Rusia o numerosas potencias regionales difícilmente aceptarían una arquitectura internacional explícitamente articulada en torno a dos polos exclusivos. China prefiere hablar de multipolaridad.

En tercer lugar, porque las diferencias normativas e ideológicas entre ambas potencias siguen siendo considerables. A diferencia de otros momentos históricos de concertación entre grandes potencias, Estados Unidos y China no comparten una visión común suficientemente sólida sobre las reglas políticas y económicas del orden internacional.

Con todo, aunque un G2 formal parezca improbable, sí podría emerger gradualmente una suerte de «G2 funcional» o de facto en determinados ámbitos globales. En cuestiones como estabilidad financiera, cambio climático, regulación tecnológica, seguridad nuclear o gobernanza comercial, ninguna solución sostenible parece viable sin algún grado de entendimiento entre Washington y Beijing.

La paradoja central radica precisamente en que la competencia estratégica entre ambas potencias dificulta la cooperación, pero al mismo tiempo la magnitud de los desafíos globales hace cada vez más necesaria alguna forma de coordinación. De ahí que el horizonte más plausible no sea un G2 institucionalizado y estable, sino una relación ambivalente donde coexistirán rivalidad estructural, cooperación selectiva y mecanismos parciales de coestión internacional.

Por último

De la cumbre de Beijing parece emerger un frágil equilibrio, pero ¿cuánto puede durar? Una vez que Trump deje el cargo en 2029, ¿perderán las relaciones entre China y Estados Unidos este «estabilizador transaccional» y volverán a una rivalidad dinámica impulsada por la ideología? Nadie puede predecir con certeza cómo será el mundo o las relaciones entre China y Estados Unidos en la era posterior a Trump.

Lo que sí podemos afirmar es que la competencia sinoestadounidense está contribuyendo a una reconfi-

La paradoja central radica precisamente en que la competencia estratégica entre ambas potencias dificulta la cooperación, pero al mismo tiempo la magnitud de los desafíos globales hace cada vez más necesaria alguna forma de coordinación. De ahí que el horizonte más plausible no sea un G2 institucionalizado y estable, sino una relación ambivalente donde coexistirán rivalidad estructural, cooperación selectiva y mecanismos parciales de coestión internacional.

guración del sistema económico internacional, incompleta y desigual, favoreciendo procesos de relocalización industrial, regionalización de cadenas productivas y creación de bloques tecnológicos parcialmente diferenciados. Y que ocho años de competencia estratégica han demostrado que China no se ha debilitado, sino que ha exhibido una considerable resiliencia en la modernización industrial, el desarrollo tecnológico y la influencia global. ■



Imagen: Graffiti ubicado en el barrio de Fitzroy, en Melbourne (Australia), fotografiado por Jon Tyson (Unplash).

Daniel Díaz-Fuentes; Judith Clifton; Marcos Fernández-Gutiérrez; Ana Lara Gómez
Universidad de Cantabria

1. Introducción

El orden económico y político internacional actual se encuentra condicionado por un incremento sustancial de las tensiones geopolíticas y geoeconómicas (Bhatt, 2026). Este escenario está determinado por la emergencia de conflictos armados, hostilidades interestatales, dinámicas de desinformación a gran escala y una aceleración tecnológica disruptiva. En este contexto, la política ambiental global se halla fracturada por el retorno de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos, cuya agenda de desmantelamiento regulatorio, salida de facto de los compromisos climáticos y promoción intensiva de los combustibles fósiles ejerce una presión sistémica sobre el multilateralismo. La estrategia de la Administración estadounidense constituye, de este modo, un modelo antagónico frente al plan estratégico de la Unión Europea (UE) plasmado en el Pacto Verde Europeo (PVE).

Si bien durante las últimas décadas los países convergían hacia un consenso respecto a la necesidad existencial de implementar una transición climática, la política desreguladora y negacionista de la nueva Administración Trump busca desarticular la gobernanza ambiental global. Sin embargo, en lugar de arrastrar al colapso al PVE, esta postura está forzando a la UE a consolidar su transición no solo por motivaciones ecológicas, sino como un vector fundamental de competitividad industrial y soberanía energética.

La retórica de Trump —articulada en torno a la idea del «gran engaño» o «estafa verde»— busca deliberadamente presionar a los gobiernos para que abandonen sus metas climáticas en pos de una competitividad espuria basada en combustibles fósiles baratos. Este discurso pretende legitimar el escepticismo climático en el tablero político internacional, rehabilitando colateralmente a actores como Rusia o Arabia Saudita. Incluso dentro del espectro político interno europeo, se observa un fenómeno de dilución, instrumentalización (*greenwashing*) o postergación tácita de

los objetivos ecológicos originales en favor de prioridades coyunturales y urgencias de corto plazo.

Este artículo examina cómo este vector de regresión ambiental en EE.UU. afecta directamente a la UE. Lejos de provocar un repliegue en el continente, la ofensiva de Washington opera como un catalizador geopolítico que pone a prueba la resiliencia del PVE. A partir de los hallazgos del proyecto Horizonte Europa *GreenPaths* (2026), analizamos cómo la UE busca blindar su transición verde frente al *dumping* ambiental estadounidense, transformando la descarbonización en una estrategia de autonomía industrial y estabilidad regulatoria. No obstante, su viabilidad a largo plazo requiere mecanismos institucionales de protección. Se plantea, por tanto, la necesidad imperativa de que la sociedad civil y los agentes institucionales ejerzan una presión sostenida sobre los gobiernos nacionales para asegurar el cumplimiento efectivo de las metas vinculantes.

2. El Pacto Verde Europeo como estrategia de soberanía y transición justa frente al *dumping* ambiental

El PVE constituye el marco estratégico plurianual de la UE para la transformación económica y estructural, cuyo objetivo final es alcanzar la neutralidad climática del continente para el año 2050 (Comisión Europea [CE], 2019 y 2025a). Sin embargo, en el contexto geopolítico actual, el PVE ha dejado de ser únicamente una estrategia interna de crecimiento; hoy se configura como la principal respuesta defensiva de Europa frente al *dumping* ambiental y los subsidios fósiles de la Administración Trump en EE.UU.

A diferencia de las agendas medioambientales sectoriales tradicionales, el PVE funciona ahora como un escudo de protección y competitividad transversal, diseñado para garantizar una perspectiva justa y sobe-

rana frente a la dependencia energética. La retirada de estándares ambientales en Washington obliga a la UE a acelerar y blindar mecanismos como el Mecanismo de Ajuste en Frontera por Carbono, evitando así que los productos estadounidenses con alta huella de carbono inunden el mercado europeo de forma desleal. El propósito ya no es solo modernizar y desvincular los desafíos ecológicos del crecimiento económico, sino reconvertir la resiliencia verde en una ventaja competitiva sistémica. Como indica Draghi (2024), la estrategia de la UE debe vincular la transición verde como una oportunidad crítica para la competitividad industrial.

No obstante, la implementación de una Europa Verde representa un desafío multidimensional de alta complejidad (CE, 2021: Objetivo 55 / *Fit for 55*). El éxito del PVE no depende únicamente de directivas ambientales, sino de su consolidación como un sistema socioeconómico viable, sustentado en dos pilares o principios fundamentales:

- La coherencia de las políticas públicas a través de diferentes sectores económicos, niveles de gobernanza y territorios.
- La equidad social de los procesos de reconversión, articulada bajo el compromiso institucional de «no dejar a ningún lugar ni a ninguna persona atrás» (CE, 2019). Este principio determina que la transición ecológica debe configurarse necesariamente como una transición justa (CE, 2025b; ONU, 2024 y 2025).

En relación con el primer desafío, se identifican tensiones derivadas de las inconsistencias estructurales entre los marcos macroeconómicos de la UE y sus objetivos de sostenibilidad ecológica. Bajo los modelos económicos vigentes, los incentivos normativos tienden a priorizar el crecimiento económico y la competitividad sobre los indicadores de justicia social y regeneración ambiental. Este desfase genera un riesgo latente de *greenwashing* o de flexibilización de los objetivos de reducción de emisiones, permitiendo que los sectores industriales intensivos en carbono ejecuten reconfiguraciones superficiales en lugar de transformaciones estructurales. Consecuentemente, el PVE requiere un blindaje institucional que mitigue estas asimetrías de poder y evite la subordinación de la legislación ambiental a las presiones comerciales externas o a los ciclos políticos de corto plazo.

[...] bajo los modelos económicos vigentes, los incentivos normativos tienden a priorizar el crecimiento económico y la competitividad sobre los indicadores de justicia social y regeneración ambiental. Este desfase genera un riesgo latente de *greenwashing* o de flexibilización de los objetivos de reducción de emisiones, permitiendo que los sectores industriales intensivos en carbono ejecuten reconfiguraciones superficiales en lugar de transformaciones estructurales.

Respecto al segundo desafío, la reconversión industrial impone asimetrías socioeconómicas severas en regiones específicas, particularmente en los territorios históricamente dependientes de la minería del carbón o de la industria pesada. Para abordar esta problemática, la arquitectura financiera de la UE incorpora el Mecanismo para una Transición Justa (MTJ) (CE, 2025a). Este instrumento tiene la función teórica de proveer asistencia financiera, técnica y social focalizada para mitigar la pobreza energética, financiar programas de reconversión laboral y amortiguar el impacto del desempleo estructural en los hogares y sectores más vulnerables.

Sin embargo, los resultados empíricos del proyecto *GreenPaths* (2026a), basados en estudios sectoriales (que abarcan sectores estratégicos como la minería, la política agrícola común, la política industrial verde, las finanzas sostenibles, la vivienda y la pobreza energética, entre otros), evidencian que los costes y beneficios de las políticas climáticas actuales se distribuyen —hasta el momento— de manera asimétrica.

La investigación revela fracturas intrarregionales agudas, especialmente en zonas rurales y regiones afectadas por dinámicas de despoblación. Los datos demuestran que las comunidades con menores recursos relativos sufren de forma desproporcionada los choques estructurales asociados a la descarbonización. El abandono de los combustibles fósiles, la reforma de las cadenas de valor agroalimentarias y la reestructuración industrial corren el riesgo de polarizar las sociedades tanto en el ámbito macro (entre Estados miembros) como en el ámbito micro (dentro de las propias regiones). Una política de transición verde efectiva

debe, por consiguiente, fortalecer los mercados de trabajo regionales, corregir las desigualdades socioambientales y evitar que las rentas más bajas soporten los costes de la transición energética.

3. Dimensiones teóricas y pragmáticas de la Transición Verde y Justa

El concepto de «transición justa», definido operacionalmente por la UE como la acción de «no dejar a ninguna persona ni a ningún territorio atrás» (CE, 2019; ONU, 2025), exige una convergencia precisa entre los objetivos de descarbonización y los principios de justicia social. La literatura académica y la evidencia empírica sustentan este enfoque bajo dos dimensiones: una fundamentación ética basada en los derechos humanos y una necesidad pragmática orientada a la estabilidad del propio proceso político.

Desde una perspectiva normativa, el imperativo de justicia se alinea con la Declaración Universal de los Derechos Humanos y se integra en la Agenda 2030 de las Naciones Unidas para el Desarrollo Sostenible. El enfoque de transición justa desplaza el análisis desde los agregados macroeconómicos nacionales —los cuales suelen enmascarar bolsas de pobreza severa a nivel local— hacia una metodología basada en las necesidades territoriales específicas. Este marco conceptual se desglosa en cuatro dimensiones interconectadas:

- Justicia distributiva: relativa a la asignación equitativa de los costes financieros y los beneficios ecológicos de la descarbonización entre todos los agentes económicos, evitando criterios basados exclusivamente en la eficiencia de mercado.
- Justicia procedimental: referida a la exigencia de procesos de gobernanza inclusivos, participativos y transparentes que garanticen la representatividad de las comunidades directamente afectadas en las esferas de toma de decisiones.
- Justicia de reconocimiento: orientada a la validación de las identidades e intereses diversos de las poblaciones vulnerables, impidiendo que los territorios rezagados sean convertidos en «zonas de sacrificio verde».
- Justicia restaurativa: centrada en la reparación de los pasivos ambientales e históricos y de los perjuicios económicos acumulados por determinadas comunidades debido a modelos extractivos previos.

[...] los territorios rurales o dependientes de economías fósiles experimentan una escasez crónica de capital humano especializado y enfrentan costes de transacción elevados para acceder a las líneas de financiación. En consecuencia, la transición debe incorporar mecanismos de asignación proactiva de capital para corregir esta asimetría estructural y evitar la cristalización de regiones ganadoras y perdedoras en el nuevo modelo económico [...]

La ausencia de un compromiso explícito con estas dimensiones de la justicia tiende a exacerbar las desigualdades espaciales preexistentes, dado que los riesgos climáticos y los impactos de la transición presentan una alta especificidad territorial. Si bien las grandes áreas metropolitanas concentran una responsabilidad histórica significativa en la crisis climática —siendo origen de cerca del 70 % de las emisiones globales de gases de efecto invernadero—, estas centralidades urbanas poseen una densidad institucional, una infraestructura de innovación y una capacidad técnica que les permite captar de manera eficiente los flujos de financiación climática orientados por la demanda.

Por el contrario, los territorios rurales o dependientes de economías fósiles experimentan una escasez crónica de capital humano especializado y enfrentan costes de transacción elevados para acceder a las líneas de financiación. En consecuencia, la transición debe incorporar mecanismos de asignación proactiva de capital para corregir esta asimetría estructural y evitar la cristalización de regiones ganadoras y perdedoras en el nuevo modelo económico (PNUMA, 2018; CPI, 2024; OCDE, 2025).

Más allá de las obligaciones éticas, la dimensión pragmática de la transición justa es una condición de posibilidad para la sostenibilidad del propio modelo: la obtención del consenso social. Si las comunidades locales perciben que los costes económicos de la regulación ambiental recaen sobre el tejido productivo periférico mientras que los retornos financieros se concentran en los núcleos urbanos globales, se genera un fenómeno de resistencia colectiva denominado «descontento verde» (CPI, 2024; OCDE, 2025). Este desalineamiento social constituye una amenaza crítica para las políticas de sostenibilidad a largo plazo, en tanto

proporciona un vector de movilización para discursos populistas y movimientos de extrema derecha, los cuales instrumentalizan el agravio económico territorial para consolidar posiciones de negacionismo climático.

4. Arquitectura financiera del Pacto Verde Europeo y el comportamiento de la inversión 2021-2023

La estructura de financiación del PVE requiere una movilización masiva de capitales públicos y privados, articulada a través del presupuesto de la Unión Europea y de instrumentos financieros específicos gestionados mediante gobernanza multinivel. En este ecosistema, la Comisión Europea ejerce el rol de regulador estratégico y supervisor legislativo, proporcionando las garantías presupuestarias públicas orientadas a la mitigación de riesgos de inversión (*de-risking*).

El Banco Europeo de Inversiones (BEI) opera como la institución central de ejecución del Plan de Inversiones para una Europa Sostenible (PIES). Tras su reposicionamiento estratégico en 2019 como el «Banco Climático» de la Unión, el BEI ha alineado su cartera y sus metodologías de evaluación de proyectos con los objetivos del Acuerdo de París. La gobernanza de este marco financiero se orienta a generar un efecto de atracción (*crowding-in*) sobre el capital privado y del tercer sector. Para intervenciones de escala local o regional (con umbrales inferiores a los 40 millones de euros), el BEI descentraliza la distribución de fondos a través de bancos nacionales de desarrollo e intermediarios financieros comerciales.

[...] los análisis empíricos realizados por el proyecto *GreenPaths* para el periodo inicial 2021-2023 revelan una paradoja institucional: este diseño basado en la demanda favorece de manera sistemática a las regiones metropolitanas con alta capacidad técnica y organizativa, en detrimento de los territorios rezagados.

Esta estrategia se instrumenta principalmente mediante el Plan de Inversiones del Pacto Verde Europeo o PIES (CE, 2020), cuyo objetivo es la movilización de un mínimo de 1 billón de euros hasta 2030, integrando en su estructura el MTJ.

Para la captación de recursos en los mercados internacionales de capitales bajo condiciones de coste óptimas, el BEI se apoya en su calificación crediticia soberana (AAA), respaldada por los 27 Estados miembros. La asignación del capital captado se instrumenta a través de tres modalidades principales:

- Préstamos de inversión: representan el 83 % del volumen regionalizado y consisten en financiación directa destinada a grandes proyectos de infraestructuras de carácter estratégico.
- Préstamos marco: equivalen al 13,3 % del volumen y consisten en contratos de crédito agregados que unifican múltiples subproyectos de menor escala a nivel municipal o regional.
- Garantías e instrumentos de cuasi-capital: facilidades orientadas a flexibilizar el crédito comercial y dotar de liquidez a las pequeñas y medianas empresas (pymes).

Es un aspecto crítico determinar que la distribución de los recursos financieros del BEI se rige estrictamente por una lógica de demanda (Clifton et al., 2018 y 2025; EIB, 2026). El BEI no realiza asignaciones territoriales *a priori*, sino que evalúa técnicamente las solicitudes presentadas por promotores públicos o privados basándose en criterios de sostenibilidad ambiental, viabilidad económica y gobernanza social. No obstante, los análisis empíricos realizados por el proyecto *GreenPaths* para el periodo inicial 2021-2023 revelan una paradoja institucional: este diseño basado en la demanda favorece de manera sistemática a las regiones metropolitanas con alta capacidad técnica y organizativa, en detrimento de los territorios rezagados.

Esta injusticia distributiva fractura la cohesión y activa el «Descontento Verde», impulsado por el espejo estadounidense. La retórica de Trump —basada en la desregulación energética para resucitar la industria y la minería tradicional— opera como un «canto de sirena» para el populismo local. Si los fondos europeos siguen concentrándose en los grandes núcleos urbanos, las periferias vulnerables abrazarán el discurso anti-PVE, convirtiendo la brecha de inversión

[...] para resistir el embate competitivo de un mercado estadounidense desregulado, la UE no puede permitirse dejar atrás a sus regiones rezagadas. Si la asignación de capital basada estrictamente en la demanda sigue beneficiando de manera exclusiva a los *first-movers* urbanos, se fracturará irreversiblemente el consenso social interno. Sin cohesión territorial, Europa carecerá de la resiliencia política necesaria para aguantar la presión geopolítica exterior.

en el caldo de cultivo para la «Trumpización» de las regiones olvidadas o «la venganza de los lugares que no importan» (Rodríguez-Pose, 2018).

5. Evaluación de la equidad en la distribución de la inversión verde

La evaluación de la arquitectura financiera verde europea no puede desvincularse del complejo tablero geopolítico global. Mientras la volatilidad política en los Estados Unidos y el retorno de las narrativas de Trump introducen una profunda incertidumbre regulatoria a nivel mundial, la Unión Europea busca posicionarse como el polo opuesto: un refugio de estabilidad regulatoria.

Sin embargo, el análisis empírico de la distribución regional de la financiación climática del BEI bajo el PIES durante el trienio 2021-2023 obliga a introducir una crítica estructural a esta estrategia: para resistir el embate competitivo de un mercado estadounidense desregulado, la UE no puede permitirse dejar atrás a sus regiones rezagadas. Si la asignación de capital basada estrictamente en la demanda sigue beneficiando de manera exclusiva a los *first-movers* urbanos, se fracturará irreversiblemente el consenso social interno. Sin cohesión territorial, Europa carecerá de la resiliencia política necesaria para aguantar la presión geopolítica exterior.

Debe señalarse que, debido a la opacidad inherente a los flujos de inversión canalizados mediante intermediarios financieros, el mapa de distribución del capital

presenta limitaciones de datos. Sin embargo, las tendencias identificadas reflejan una brecha distributiva sustancial: los grandes nodos metropolitanos absorben la mayor parte de la inversión verde, mientras que los territorios vulnerables o dependientes de economías fósiles muestran niveles de captación significativamente menores, lo cual se refleja en tres variables estructurales:

- **Sesgo de concentración urbana por habitante:** El análisis demuestra que el volumen de población integrado en un área urbana funcional constituye la variable predictiva dominante en la adjudicación de fondos (EIB, 2025b). El promedio de atracción de capital en las áreas metropolitanas se situó en 154 € por habitante, frente a los 82,70 € registrados en las zonas menos urbanizadas, concentrándose la inversión en macroproyectos de transporte e infraestructuras en nodos capitales (por ejemplo, la Red de Metro de París, el S-Bahn de Colonia y las redes ferroviarias de Madrid). Las regiones de la UE que albergan metrópolis de más de 1,5 millones de habitantes registraron, tras controlar por otros factores como la vulnerabilidad ante la transición verde, la calidad institucional y el PIB per cápita, un volumen de financiación climática del BEI por habitante un 221,5 % superior en comparación con las regiones de menor densidad urbana.
- **Correlación inversa con el Índice de Vulnerabilidad:** Al contrastar los flujos de capital con el Índice de Vulnerabilidad de la Transición Verde (GTVI) elaborado por Rodríguez-Pose y Bartalucci (2024), se observa que las regiones con mayor riesgo de sufrir choques económicos negativos por la descarbonización no reciben un apoyo financiero proporcional. Los datos reflejan una correlación negativa del -20,5 %: un incremento en los niveles de vulnerabilidad territorial se asocia estadísticamente con una menor recepción de la inversión del BEI. De hecho, 34 de las 55 regiones catalogadas como de máxima vulnerabilidad dentro de la UE (localizadas mayoritariamente en Europa del Este) registraron niveles de captación mínimos o nulos.
- **La paradoja institucional de la capacidad administrativa:** Las economías metropolitanas que consolidaron su posición central mediante modelos productivos históricamente intensivos en emisiones disponen, en la actualidad, de una superioridad técnica, organizativa y presupuestaria para formular proyectos elegibles bajo los

complejos estándares de auditoría del BEI (EIB, 2025a). Dado que el acceso al crédito es reactivo y depende de la presentación de solicitudes, el sistema genera una ventaja para los *first-movers*. Por el contrario, las administraciones locales de zonas rurales o regiones en situación de «trampa del desarrollo» afrontan barreras burocráticas y una escasez de capital humano especializado que las excluye de los circuitos de asignación de capital.

Los resultados preliminares —de los primeros años del decenio del PIES— indican que el modelo financiero actual, al priorizar la capacidad de absorción y la eficiencia en la demanda por encima de las necesidades territoriales objetivas, introduce un riesgo de divergencia regional, contradiciendo los objetivos fundacionales de cohesión y transición justa de la propia Unión Europea.

6. Conclusiones y propuestas estratégicas

La política de Trump ha tendido a fragmentar el consenso climático multilateral y erosionar los acuerdos internacionales, ofreciendo a cambio un modelo de desregulación caótico. Frente a este desafío de polarización global, el PVE y el PIES demuestran una notable resiliencia institucional. Ante el desorden y la inestabilidad de las cadenas de suministro, el PVE ha dejado de ser una mera política ambiental para convertirse en el vector de una estrategia geopolítica de la UE, articulado en tres pilares clave:

- **Autonomía Estratégica:** La inversión en energías renovables reduce la dependencia de combustibles fósiles extranjeros, asegurando la soberanía energética mediante una red interna predecible.
- **Estrategia Industrial:** El PIES inyecta capital público-privado en cadenas de suministro locales, blindando sectores clave y el empleo.
- **Estabilidad Regulatoria:** Mediante una Taxonomía Verde estricta y predecible, la UE ofrece certeza a largo plazo, posicionándose como el polo opuesto a la volatilidad de la Casa Blanca y atrayendo a inversores que buscan carteras protegidas de los vaivenes políticos.

Mediante el PVE y el PIES, la UE transforma la transición ecológica en una fortaleza industrial frente a la

La mejor forma en que la UE puede mitigar el impacto negativo de la Administración Trump sobre el medio ambiente global es demostrando que la transición verde puede ser justa y competitiva. Si Europa logra corregir las disfunciones territoriales detectadas por *GreenPaths*, blindará su modelo social frente al populismo climático importado de Washington. La defensa del modelo verde en un contexto mundial desordenado requiere trascender los objetivos agregados de mitigación de emisiones e implementar reformas estructurales basadas en tres ejes de gobernanza.

volatilidad global. Además, el carácter legalmente vinculante de estos marcos obliga a los Estados miembros a converger sistemáticamente sus políticas económicas con los límites biofísicos del planeta.

Sin embargo, los hallazgos del proyecto *GreenPaths* permiten concluir que la sostenibilidad de esta resiliencia exige una reorientación estratégica urgente. La mejor forma en que la UE puede mitigar el impacto negativo de la Administración Trump sobre el medio ambiente global es demostrando que la transición verde puede ser justa y competitiva. Si Europa logra corregir las disfunciones territoriales detectadas por *GreenPaths*, blindará su modelo social frente al populismo climático importado de Washington. La defensa del modelo verde en un contexto mundial desordenado requiere trascender los objetivos agregados de mitigación de emisiones e implementar reformas estructurales basadas en tres ejes de gobernanza:

- **Institucionalización de la adaptación localizada:** Es necesario equilibrar las agendas de mitigación con la financiación de la resiliencia climática local. La Hoja de Ruta del Banco Climático del BEI 2026-2030 (EIB Group, 2025) aborda estas asimetrías mediante el compromiso de superar la movilización de 1 billón de euros en inversión sostenible, asignando más del 50 % de sus operaciones anuales a fines ambientales. Esto incluye la creación de un objetivo específico de 30.000 millones de euros destinado exclusivamente a

políticas de adaptación —lo que representa una duplicación de los volúmenes del periodo 2021-2025— orientado a la protección de recursos hídricos, seguridad agroalimentaria y apoyo a comunidades vulnerables (CE, 2025b).

- Simplificación administrativa: La densidad burocrática del PVE ha funcionado como barrera de acceso para las regiones con menor capacidad institucional. Los organismos de la UE han reconocido esta disfunción, incorporando en la programación estratégica para 2026-2030 un mandato de simplificación radical de los procedimientos de solicitud, concesión y auditoría de fondos. Corresponde a las administraciones estatales y regionales operativizar esta reducción de cargas regulatorias para asegurar que el capital verde se distribuya bajo criterios de necesidad territorial (CE, 2025c; EIB, 2025c).
- Convergencia de la planificación económica y social: Las evaluaciones de gobernanza indican que la capacidad de planificación de las instituciones de la UE ha sido significativamente superior en la dimensión económica y de competitividad industrial en comparación con el diseño de salvaguardas sociales (Draghi, 2024). Para contrarrestar las dinámicas de resistencia política, resulta prioritario equilibrar ambas variables. La protección del PVE no debe basarse en la formulación de nuevos objetivos comerciales abstractos, sino en el fortalecimiento de las capacidades institucionales de los territorios de menor escala urbana, asegurando que la descarbonización actúe como un vector de desarrollo y diversificación económica local. Solo mediante la integración de las externalidades sociales en el núcleo de la planificación económica será posible mitigar el descontento popular y preservar la cohesión territorial de la Unión Europea. ■

Referencias

- Bhatt, G. (2026). «The Geoeconomic Calculus». *Finance & Development*, 63(2).
- Clifton, J., Díaz-Fuentes, D., Fernandez-Gutierrez, M. & Gómez, A. L. (2026). «How “just” is the “just transition”? A regional analysis of climate finance in the European Union» *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, <https://doi.org/10.1093/cjres/rsag016>
- Clifton, J., Díaz-Fuentes, D., and Gómez, A. L. (2018) «The European Investment Bank: Development, Integration, Investment?». *JCMS: Journal of Common Market Studies*, 56: 733-750. <https://doi.org/10.1111/jcms.12614>
- Clifton, J., Díaz-Fuentes, D., Gómez Peña, A. L., y Howarth, D. (2025). «Lending Overlap in Europe’s Financial Architecture: A Comparative Analysis». *Journal of Comparative Policy Analysis: Research and Practice*, 27, 62-80. <https://doi.org/10.1080/13876988.2024.2380400>
- CPI (Climate Policy Initiative). (2024). *The state of cities climate finance 2024*. <https://www.climate-policyinitiative.org/publication/2024-state-of-cities-climate-finance/>
- Draghi, M. (2024). *The Future of European Competitiveness-A. Competitiveness Strategy for Europe*. https://commission.europa.eu/document/97e481fd-2dc3-412d-be4c-f152a8232961_en
- EC (European Commission). (2019). *A European Green Deal: Striving to be the first climate-neutral continent*, https://commission.europa.eu/strategy-and-policy/priorities-2019-2024/european-green-deal_en
- EC. (2020). «Communication from the Commission to the European Parliament, the Council, the European Economic and Social Committee and the Committee of the Regions». *Sustainable Europe Investment Plan. European Green Deal Investment Plan*. <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/En/TXT/HTML/?uri=CELEX:52020DC0021>

- EC. (2025a). *The European Green Deal: Striving to be the first climate-neutral continent*. https://commission.europa.eu/strategy-and-policy/priorities-2019-2024/european-green-deal_en (official EGD website).
- EC. (2025b). *The Just Transition Mechanism: making sure no-one is left behind*. https://commission.europa.eu/strategy-and-policy/priorities-2019-2024/european-green-deal/finance-and-green-deal/just-transition-mechanism_en
- EIB. (2025c). *The state of local infrastructure investment in Europe - EIB Municipalities Survey 2024-2025*. EIB. Luxembourg. <https://www.eib.org/en/publications/20250028-eib-municipalities-survey-2024-2025>
- EIB. (2026). *Financed projects*. Luxembourg: [Financed projects](#)
- EIB Group. (2025). *Climate Bank Roadmap Phase 2 2026-2030*. DOI: 10.2867/8398584
- GreenPaths European Knowledge Hub on Just Green Transition Pathways (2026a). *Case Studies*, <https://greenpaths.info/greenpaths-case-studies/>
- GreenPaths European Knowledge Hub on Just Green Transition Pathways. (2026b). *Consortium*, <https://greenpaths.info/consortium/>
- OECD. (2025). «Mobilising sustainable finance for regions and cities». *OECD Regional Development Papers*. https://www.oecd.org/content/dam/oecd/en/publications/reports/2025/04/mobilising-sustainable-finance-for-regions-and-cities_419a30c4/2af8dadab-en.pdf
- Rodríguez-Pose, A. (2018). «The revenge of the places that don't matter (and what to do about it)», *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 11, 1, 189-209, <https://doi.org/10.1093/cjres/rsx024>
- Rodríguez-Pose, A. and Bartalucci, F. (2024). «The green transition and its potential territorial discontents», *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 17, 2, 339-358, <https://doi.org/10.1093/cjres/rsad039>
- UN (United Nations). (2024). *Committee for development policy. Policy note. A globally just transition*. Nueva York: <https://digitallibrary.un.org/record/4049701?v=pdf>
- UN (United Nations). (2025). *2030 agenda for sustainable development: «leaving no one behind»*. <https://www.un.org/en/desa/leaving-no-one-behind>
- UNEP (United Nations Environment Programme). (2018). *Green Financing*. <https://www.unep.org/regions/asia-and-pacific/regional-initiatives/supporting-resource-efficiency/green-financing>

Nahia Sanzo Ruiz de Azua

GEUSK Nazioarteko Politikaren Euskal Institutua/Instituto Vasco de Política Internacional

En términos geopolíticos, el primer año del mandato de Donald Trump ha supuesto una reconfiguración con implicaciones políticas y económicas internacionales a la que los diferentes actores han tenido que adaptarse. Como se había anticipado durante la campaña, la actuación internacional de la Administración trumpista rompió con la dinámica de la Administración Biden en lo referido a la guerra de Ucrania. «Queremos, como ustedes, una Ucrania soberana y próspera, pero debemos empezar por reconocer que volver a las fronteras de Ucrania anteriores a 2014 es un objetivo poco realista. Perseguir este objetivo ilusorio solo prolongará la guerra y causará más sufrimiento»,¹ anunció el secretario de Defensa Pete Hegseth a sus homólogos de la OTAN en febrero de 2025.

«Estados Unidos no cree que el ingreso de Ucrania en la OTAN sea un resultado realista de un acuerdo negociado»,² añadió Hegseth. El jefe del Pentágono anunció también la lógica geopolítica en la que se enmarcaban esas decisiones sobre la guerra de Ucrania, que el candidato Trump se había referido a la guerra como «estúpida» y de la que ha acusado repetidamente a su predecesor.³ Como posteriormente quedaría plasmado en la Estrategia de Seguridad Nacional,⁴ publicada en diciembre de 2025, el mensaje de Hegseth marcaba un cambio en las prioridades de la política de seguridad estadounidense.

Centrada en el manejo de la relación —o rivalidad— con China y centrada en el Indo-Pacífico, la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos dibuja un mundo en el que Europa, que ha dejado de ser una prioridad para Washington, ha de encargarse de su propia seguridad.⁵ Estados Unidos parte de la lógica de que Europa ya no es el teatro principal del enfrentamiento de grandes potencias como lo fue durante la Guerra Fría. Ese escenario, en una relación que Washington y Beijing tendrán que gestionar en el futuro desde la lógica de la rivalidad que siempre va a existir entre las dos principales potencias económicas o la confrontación, deja al continente europeo como teatro secundario del que Estados Unidos espera redirigir recursos hacia aspectos que actualmente considera prioritarios. La Estrategia de Seguridad Nacional los delimita de forma clara y priorizada: mantener la hegemonía en América, gestionar el ascenso de China como gran potencia e impedir que actores hostiles ejerzan el control en Oriente Medio.

Europa queda relegada a una zona del planeta en la que Estados Unidos deja de ser proveedor de seguridad para convertirse en el suministrador al que se le adquiere seguridad, energía, tecnología y productos agrícolas. Así se manifestó en el acuerdo comercial⁶ alcanzado en el campo de golf de Donald Trump en Escocia y con el que la Unión Europea se comprometía, entre otras cosas, a grandes adquisiciones tecnológicas y energéticas de Estados Unidos, a eliminar barreras para permitir la entrada masiva de productos agrícolas en el mercado comunitario y a una estructura de seguridad basada en la coordinación con Washington. Pese al intento europeo de presentar el acuerdo como un reequilibrio necesario para paliar unos exce-

1. EFE. (2025, 12 de febrero). «Hegseth dice que no es realista que Ucrania vuelva a las fronteras de 2014 ni el ingreso en la OTAN». <https://efe.com/mundo/2025-02-12/hegseth-no-realista-ucrania-fronteras-ingreso-otan/>
2. *Ibid.*
3. CBS News. (2025, 2 de noviembre). «“I inherited that stupid war”, President Trump says of Ukraine» [Clip de video]. *60 Minutes*. <https://www.facebook.com/watch/?v=2617432308618838>
4. The White House. (2025). *National Security Strategy of the United States of America*. <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf>

5. *Ibid.*
6. The White House. (2025, 21 de agosto). *Joint statement on a United States-European Union framework on an agreement on reciprocal, fair, and balanced trade*. <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/2025/08/joint-statement-on-a-united-states-european-union-framework-on-an-agreement-on-reciprocal-fair-and-balanced-trade/>

El punto de inflexión en esta visión de los acontecimientos es el momento en el que Washington deja de ser fuente de asistencia militar a Ucrania e impone un sistema en el que pasa a utilizar la necesidad europea de conseguir armas para la guerra como una fuente de lucro. En paralelo a un proceso de negociación directo Estados Unidos-Rusia y Estados Unidos-Ucrania que en todo este tiempo no ha dado más resultados tangibles que intercambios de prisioneros y breves episodios de alto el fuego, Washington se ha convertido en uno de los grandes beneficiarios económicos del conflicto en Europa, ahora financiado prácticamente en su totalidad por los países europeos.

sos de la Unión Europea, el acuerdo comercial implica la subordinación europea a Estados Unidos en tecnología, energía y armamento, tres de los aspectos que marcan las relaciones económicas y que implican una orientación geopolítica clara.

La invasión rusa de Ucrania, la apuesta por la guerra económica contra Rusia y el apoyo militar a Kiev habían vinculado la suerte de la Unión Europea y el Reino Unido a Estados Unidos, por lo que el cambio de actitud de Washington hacia Europa fue un *shock* político que ha puesto en cuestión la red de alianzas. Una de las grandes consecuencias de la llegada al poder de Donald Trump es el rearme europeo que, aunque argumentado en términos de amenaza rusa, no se inició en 2022, sino en 2025, con la guerra de Ucrania en un frente estático y cuando ya había quedado claro que Rusia no tiene la capacidad de capturar todo el país y, por lo tanto, tampoco uno o varios países europeos miembros de la UE o la OTAN, cuyo ataque implicaría la activación de las cláusulas de defensa colectiva. El rearme no se inició cuando Rusia invadió un país vecino, sino cuando Donald Trump dio a los países europeos la orden de encargarse de la gestión de la guerra en Ucrania y la seguridad de un continente que Washington ha comenzado a ver únicamente como un mercado que dominar.

Desde las posiciones eurocéntricas que han dominado la narrativa occidental, el cambio que se produce a lo largo de 2025, el cambio más importante que se ha producido este año y medio de mandato de Donald Trump, está referido a la guerra en Europa y a las intenciones de Washington en el continente. El punto de inflexión en esta visión de los acontecimientos es el momento en el que Washington deja de ser fuente de asistencia militar a Ucrania e impone un sistema en el que pasa a utilizar la necesidad europea de conseguir armas para la guerra como una fuente de lucro. En paralelo a un proceso de negociación directo Estados Unidos-Rusia y Estados Unidos-Ucrania que en todo este tiempo no ha dado más resultados tangibles que intercambios de prisioneros y breves episodios de alto el fuego, Washington se ha convertido en uno de los grandes beneficiarios económicos del conflicto en Europa, ahora financiado prácticamente en su totalidad por los países europeos.

La consecuencia más clara de la guerra en Ucrania es una fractura continental en la que los países de la UE han renunciado a la energía barata que obtenían de Rusia, sustituida fundamentalmente por el aumento de las adquisiciones estadounidenses que exige el acuerdo comercial y que subordinan política y económicamente al continente a la voluntad de un Estados Unidos que, a ojos europeos, ha dejado de ser un aliado fiable. Esa sensación aumentó en enero de 2026 con la insistencia de Donald Trump de adquirir Groenlandia. La brecha interna que se ha creado en la OTAN, cerrada en falso con una negociación en la que Mark Rutte y Donald Trump acordaron los términos de aumento de la presencia y el dominio estadounidense en Groenlandia, es el reflejo del cambio en la coyuntura geopolítica que ha supuesto el retorno del trumpismo a la Casa Blanca con una agenda mucho más ambiciosa y con la voluntad de utilizar todas las herramientas coercitivas a su disposición para obligar a aliados y oponentes a aceptar el marco impuesto por Washington.

Erróneamente considerada un signo de aislacionismo y repliegue continental, la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos no solo implica aspirar al dominio de América —el *hemisferio occidental*—, sino también la voluntad de contar con el ejército más avanzado y potente del mundo, la disuasión nuclear más fuerte, la economía más fuerte e innovadora, la base industrial más robusta, la ciencia más puntera y el poder blando con el que poder «ejercer influencia positiva que además haga avanzar nuestros intereses

alrededor del mundo».⁷ A pesar de renunciar explícitamente al «dominio americano permanente de todo el mundo»,⁸ los términos en los que Estados Unidos plantea su Estrategia de Seguridad Nacional muestran que persiste la voluntad de mantener la hegemonía. En esa labor, Donald Trump ha utilizado por igual las herramientas económicas como las militares, con la diplomacia como accesorio acompañado generalmente del uso de uno de esos dos tipos de fuerza.

El ataque contra Venezuela, la presión para que los aliados europeos cedieran a Estados Unidos el control de Groenlandia o las amenazas y posterior uso de la fuerza militar contra Irán son consecuencia de lo gestado a lo largo de 2025, con una preparación caótica y aparentemente incoherente de una coyuntura que ha hecho posible que, pese a la generalización del discurso de declive de la hegemonía estadounidense, Washington haya mostrado más control sobre los procesos mundiales que en momentos anteriores del mundo unipolar.

Calificada de «grotesca» por expertos económicos que presagiaban efectos negativos para la economía estadounidense y global,⁹ la política de aranceles de Trump dio el pistoletazo de salida con el anuncio del *día de la liberación*, cuando Donald Trump presentó el porcentaje de tasas que impondría a cada país del mundo en base a lo que afirmaba que eran las barreras arancelarias que esos Estados imponían a Estados Unidos, pero que, en realidad, era un cálculo realizado a partir del desequilibrio de la balanza de pagos.¹⁰ Esta herramienta económica era un arma de presión política a los diferentes países. El Reino Unido y la Unión Europea se apresuraron a buscar un acuerdo comercial negociado estrictamente en los términos de Estados Unidos y diferentes países comenzaron a ofrecer a Washington inversiones millonarias, eliminación de aranceles a los productos estadounidenses o compromisos de

El limitado resultado de la reciente visita de Estado de Donald Trump a China —en la que se anunciaron compras de productos agrícolas que simplemente vuelven a la situación anterior a la guerra de aranceles y una adquisición de aeronaves Boeing menos numerosa de la esperada— muestra que Washington no es capaz de coaccionar a China como sí ocurre con otros países. Utilizando sus cartas, especialmente la amenaza de cesar la exportación de tierras raras, imprescindibles en la producción tecnológica y armamentística, Beijing ha logrado vencer a Estados Unidos en una guerra comercial en la que Washington ha conseguido beneficios, pero con la que también ha dejado claras sus limitaciones para imponer su voluntad a nivel mundial.

adquisición de productos norteamericanos, todo ello para conseguir reducir unos aranceles que en muchos casos hacían totalmente inviable el comercio bilateral.

La política chocó con la capacidad china de responder a las amenazas. Las muestras de superioridad de Donald Trump en sus encuentros con otros líderes mundiales desaparecen cuando se trata de Xi Jinping. La complicidad de Trump con quienes considera líderes fuertes —como Vladimir Putin— es evidente, pero en el caso de China, el tono de la representación estadounidense no se debe a la voluntad de *repartirse el mundo* en esferas de influencia, sino a la necesidad de contener una rivalidad en la que Beijing tiene importantes cartas que jugar. El limitado resultado de la reciente visita de Estado de Donald Trump a China —en la que se anunciaron compras de productos agrícolas que simplemente vuelven a la situación anterior a la guerra de aranceles y una adquisición de aeronaves Boeing menos numerosa de la esperada— muestra que Washington no es capaz de coaccionar a China como sí ocurre con otros países. Utilizando sus cartas, especialmente la amenaza de cesar la exportación de tierras raras, imprescindibles en la producción tecnológica y armamentística, Beijing ha logrado vencer

7. The White House. (2025). *National Security Strategy of the United States of America*. <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf>

8. *Ibíd.*

9. Tooze, A. (2025, 7 de abril). «Chartbook 369: Are we on the edge of a major financial crisis? Trump's Chart of Death and why bonds not equities are the big story». *Substack*. <https://adamtooze.substack.com/p/chartbook-369-are-we-on-the-edge>

10. Chu, B. y Edgington, T. (2025, 3 de abril). «How were Donald Trump's tariffs calculated?». *BBC News*. <https://www.bbc.com/news/articles/c93gq72n7y1o>

El control del mercado global de petróleo es el elemento que mejor ilustra la nueva política estadounidense. Si la adquisición de Groenlandia o el intento de imponer sobre Ucrania un acuerdo de minerales que hiciera del país una colonia extractivista en la que Washington pudiera obtener, por ejemplo, el litio necesario para la fabricación de baterías, responde a la voluntad de controlar las materias primas que moverán la economía del futuro, el control del flujo de petróleo busca dominar el mercado de la energía que mueve la economía actual.

a Estados Unidos en una guerra comercial¹¹ en la que Washington ha conseguido beneficios, pero con la que también ha dejado claras sus limitaciones para imponer su voluntad a nivel mundial.

En el caso de China, el arma económica a disposición de Estados Unidos es la energía. Como gran importador de petróleo y gas —el desarrollo de energías renovables y el uso de baterías eléctricas hace del país un *electroestado* en ciernes, pero la dependencia de combustibles fósiles persiste—, China es más vulnerable al control del mercado de energía que a las amenazas de aranceles y otros instrumentos de la guerra económica que Estados Unidos ha utilizado contra otros países. Es el caso de India que, tras diferentes amenazas, aceptó interrumpir las adquisiciones de petróleo barato ruso¹² que, tras su refinado en el país, vendía generando importantes beneficios. La amenaza de imposición de aranceles a China fue similar; su resultado, contrario.

El control del mercado global de petróleo es el elemento que mejor ilustra la nueva política estadounidense. Si la adquisición de Groenlandia o el intento de

imponer sobre Ucrania un acuerdo de minerales que hiciera del país una colonia extractivista en la que Washington pudiera obtener, por ejemplo, el litio necesario para la fabricación de baterías, responde a la voluntad de controlar las materias primas que moverán la economía del futuro, el control del flujo de petróleo busca dominar el mercado de la energía que mueve la economía actual.

A excepción de Cuba, donde el aspecto ideológico y el anticomunismo de la Guerra Fría son los factores principales, los combustibles fósiles o sus rutas comerciales son factores determinantes en los demás escenarios en los que Estados Unidos se ha involucrado militarmente. Aunque la guerra económica y las amenazas han sido la herramienta con la que Donald Trump trató inicialmente de someter a su voluntad a países como Venezuela, Irán o incluso Rusia, todos ellos grandes jugadores del mercado energético que no eran aliados de Estados Unidos, las intervenciones militares han sido la forma con la que se ha tratado de imponer el modelo establecido.

Tras meses de bloqueo naval para impedir el comercio del petróleo sancionado de Venezuela, Estados Unidos realizó una operación militar en la que secuestró a Nicolás Maduro. Desde entonces, Washington ha aceptado a Delcy Rodríguez como presidenta encargada y ha ejercido el control del flujo de petróleo venezolano, cuyo principal cliente de los últimos años era China.¹³ Unas semanas después, las protestas causadas en Irán por el colapso económico a raíz, entre otros factores, de la política de *presión máxima* de Estados Unidos, dieron lugar a las primeras amenazas de uso de la fuerza militar bajo la premisa de apoyar las protestas.¹⁴ La intervención se produjo finalmente el 28 de febrero, con una segunda guerra en menos de un año, esta vez con repetidas amenazas de destrucción de las infraestructuras petroleras del país¹⁵ para forzar

11. Miller, C. (2025, 27 de octubre). «Why China keeps winning the trade war». *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/56862105-01ad-48ac-96bd-907fa5185ea3>

12. Mollan, C. (2025, 21 de noviembre). «India's largest conglomerate stops Russian oil imports amid global pressure». *BBC News*. <https://www.bbc.com/news/articles/c9d911e7n-xeo>

13. Reuters. (2026, 3 de enero). «Venezuelan oil industry: World's largest reserves, decaying infrastructure». *Reuters*. <https://www.reuters.com/business/energy/venezuelan-oil-industry-worlds-largest-reserves-decaying-infrastructure-2026-01-03>

14. BBC News. (2026, 12 de enero). [Live coverage (cj691w2e840t)]. *BBC*. <https://www.bbc.com/news/live/cj691w2e840t>

15. Deutsche Welle. (2026, 31 de marzo). «Trump amenaza con destruir principal terminal petrolera de Irán». *DW*. <https://www.dw.com/es/trump-amenaza-con-destruir-principal-terminal-petrolera-de-ir%C3%A1n/a-76600336>

su colapso. Como en Venezuela, el principal destino del petróleo de exportación iraní es China.¹⁶

Mucho más difícil de amedrentar con amenazas militares a una potencia nuclear, sin posibilidad de repetir los bloqueos navales de Venezuela o Irán contra un país tan grande y con la experiencia del limitado éxito de las sanciones económicas, Estados Unidos se ha aprovechado de la guerra en Ucrania para apoyar los ataques de larga distancia con los que minar la capacidad exportadora de la Federación Rusa, otro gran rival en el mercado y proveedor de petróleo de China. En 2025, Estados Unidos optó por colaborar con Ucrania ofreciendo el permiso y la inteligencia para los ataques con drones con los que Kiev lleva meses desgastando las capacidades de producción y exportación petrolera de la Federación Rusa,¹⁷ una opción menos arriesgada y más barata que las operaciones con las que Estados Unidos ha tratado, con éxito en el caso de Venezuela y fracaso en el de Irán, de controlar el flujo de petróleo de países que no se encontraban bajo su tutela y cuyo principal cliente era el rival económico de Washington.

El intento de ejercer el control del comercio de las energías que mueven la economía actual es un buen reflejo de las intenciones con las que el trumpismo intenta realizar una reconfiguración geopolítica en la que América quede bajo su estricto control; Europa sea un mercado subordinado en el que colocar sus productos tecnológicos, armamentísticos y energéticos; África sea una fuente de materias primas, y Oriente Medio suministre energía según los parámetros marcados por Washington. Todo ello siempre con la mirada puesta en China, el rival cuyo ascenso y capacidad de respuesta a las amenazas condiciona la actuación política y económica de Estados Unidos y sus aliados. ■

Bibliografía

- BBC News. (2026, 12 de enero). [Live coverage (cj691w2e840t)]. <https://www.bbc.com/news/live/cj691w2e840t>
- CBS News. (2025, 2 de noviembre). «“I inherited that stupid war”, President Trump says of Ukra-

ine» [Video]. Facebook. <https://www.facebook.com/watch/?v=2617432308618838>

- Chu, B. y Edgington, T. (2025, 3 de abril). «How were Donald Trump's tariffs calculated?». *BBC News*. <https://www.bbc.com/news/articles/c93gq72n7y1o>
- Deutsche Welle. (2026, 31 de marzo). «Trump amenaza con destruir principal terminal petrolera de Irán». *DW*. <https://www.dw.com/es/trump-amenaza-con-destruir-principal-terminal-petrolera-de-ir%C3%A1n/a-76600336>
- EFE. (2025, 12 de febrero). «Hegseth dice que no es realista que Ucrania vuelva a las fronteras de 2014 ni el ingreso en la OTAN». <https://efe.com/mundo/2025-02-12/hegseth-no-realista-ucrania-fronteras-ingreso-otan/>
- Miller, C. (2025, 27 de octubre). «Why China keeps winning the trade war». *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/56862105-01ad-48ac-96bd-907fa5185ea3>
- Miller, C., Mackinnon, A. y Seddon, M. (2025, 12 de octubre). «Ukraine hit Russian energy sites with US help». *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/f9f42c10-3a30-4ee1-aff7-3368dd831c8c>
- Mollan, C. (2025, 21 de noviembre). «India's largest conglomerate stops Russian oil imports amid global pressure». *BBC News*. <https://www.bbc.com/news/articles/c9d911e7nxeo>
- Reuters. (2026, 3 de enero). «Venezuelan oil industry: World's largest reserves, decaying infrastructure» <https://www.reuters.com/business/energy/venezuelan-oil-industry-worlds-largest-reserves-decaying-infrastructure-2026-01-03/>
- Statista. (2026, 9 de marzo). «China is the biggest buyer of Iranian oil» [Gráfico]. <https://www.statista.com/chart/35945/countries-that-buy-oil-from-iran/>
- The White House. (2025). *National Security Strategy of the United States of America*. <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf>
- The White House. (2025, 21 de agosto). *Joint statement on a United States-European Union framework on an agreement on reciprocal, fair, and balanced trade*. <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/2025/08/joint-statement-on-a-united-states-european-union-framework-on-an-agreement-on-reciprocal-fair-and-balanced-trade/>

16. Statista. (2026, 9 de marzo). «China is the biggest buyer of Iranian oil» [Gráfico]. *Statista*. <https://www.statista.com/chart/35945/countries-that-buy-oil-from-iran>

17. Miller, C., Mackinnon, A., & Seddon, M. (2025, 12 de octubre). *Ukraine hit Russian energy sites with US help*. *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/f9f42c10-3a30-4ee1-aff7-3368dd831c8c>

Yayo Herrero

Portavoz del Foro de Transiciones

La filósofa de la ciencia Isabelle Stengers dice que vivimos un tiempo marcado por la irrupción de Gaia. Se refiere al hecho de que la trama de la vida, lo que nuestra cultura llama naturaleza, ha irrumpido como agente económico y político, sin que nadie pueda negociar con ella.

La contradicción entre el capital y la vida que los ecofeminismos denuncian desde hace decenios se expresa de forma cada vez más violenta. La guerra contra la vida se manifiesta en el cambio global de los ciclos naturales en lo que se apoyaban los equilibrios dinámicos de la vida. De los nueve límites planetarios que marcan umbrales de seguridad para la vida humana, siete se encuentran sobrepasados. Pero la guerra contra la vida también afecta violentamente a las condiciones de vida de las personas creando una policrisis en la que la dimensión ecológica se interrelaciona con las crisis económicas y de cuidados, el empobrecimiento creciente, las migraciones forzosas o las guerras.

Ulrich Brand y Markus Wissen han denominado modo de vida imperial a las relaciones entre seres humanos y de estos con la trama de la vida, que hacen posible el modo de vida cotidiana en los centros capitalistas. La vida imperial se construye a costa de la de otras personas y otros seres vivos, a costa de la piel de la tierra y de la fina capa de aire que la rodea, incluso sobre el espacio exterior, cada vez más lleno de artefactos que giran alrededor de nuestro planeta.

En los últimos decenios, el capitalismo mundializado había sofisticado hasta el extremo los instrumentos financieros, la deuda y todo un conjunto de leyes, tratados internacionales y acuerdos que allanan el camino para que los entramados económicos transnacionales despojen a los pueblos, exploten los territorios, dismantelen la red de protección pública y comunitaria que pudiese existir y repriman las resistencias que surjan.

El mundo rico responde a la policrisis blindando sus fronteras. Se levantan muros que separan territorios y personas. Muros que obstaculizan la migración, pero que se abren y se cierran cada día para que viajen hacia las zonas de privilegio minerales, pescado, alimentos o energía que se extraen en los mismos territorios de los que proceden las personas migrantes a las que se veta la entrada.

Pero en el contexto actual, una vez superados los límites biofísicos y en un contexto de inevitable contracción material, los conflictos se multiplican. Los territorios, los bienes comunes y la naturaleza constituyen el eje central de las disputas, y la política y la economía dominantes intensifican la violencia de la explotación y los extractivismos.

El mundo rico responde a la policrisis blindando sus fronteras. Se levantan muros que separan territorios y personas. Muros que obstaculizan la migración, pero que se abren y se cierran cada día para que viajen hacia las zonas de privilegio minerales, pescado, alimentos o energía que se extraen en los mismos territorios de los que proceden las personas migrantes a las que se veta la entrada.

William Robinson acuñó el concepto de estado policial global¹ para describir el carácter emergente de la economía y sociedad globales como una totalidad represiva cuya lógica es, a la vez económica, cultural y polí-

1. *Mano dura. El estado policia global, los nuevos fascismos y el capitalismo del siglo XXI*. 2023, Errata Naturae, Madrid. William I. Robinson.

Las guerras de baja intensidad, de alta intensidad, los sistemas de control social, las guerras contra las drogas, el acoso contra la población migrante, las guerras contra las minorías raciales y religiosas, o en general cualquier conflicto social se convierte en una oportunidad para acumular capital. Los grupos de poder han desarrollado un interés particular en la guerra, el conflicto y la represión como formas de acumulación, que permea y cala en el conjunto de la sociedad.

tica. Un estado represivo que se erige sobre distintos fenómenos interrelacionados. Según Robinson, la propia economía depende cada vez más de la evolución e implantación de esos sistemas de guerra, control social y represión que se convierten en medios para obtener beneficios y seguir acumulando capital frente al estancamiento económico. Denomina a este proceso acumulación por represión.²

Las guerras de baja intensidad, de alta intensidad, los sistemas de control social, las guerras contra las drogas, el acoso contra la población migrante, las guerras contra las minorías raciales y religiosas, o en general cualquier conflicto social se convierte en una oportunidad para acumular capital. Los grupos de poder han desarrollado un interés particular en la guerra, el conflicto y la represión como formas de acumulación, que permea y cala en el conjunto de la sociedad.

Para comprender la fuerza con la que ha emergido la ultraderecha en este final del primer cuarto del siglo XXI, es preciso reconocer en toda su gravedad la naturaleza ecosocial de la crisis que atravesamos. Las élites privilegiadas son brutales y despiadadas en su voluntad de reclamar violentamente la tierra y los recursos (agua, energía, minerales críticos) que consideran necesarios para afrontar las crisis que se avecinan.

Se ha abierto un nuevo ciclo político y social en el que el ecocidio, el colonialismo, el racismo y la misoginia ya no son una realidad estructural a disfrazar y ocultar. Son los pilares explícitos, reivindicados con chu-

lería, de una respuesta autoritaria y distópica a la polícrisis ecosocial.

En la Europa que todavía enarbola la bandera de los Derechos Humanos y las transiciones ecológicas no gusta hablar de estas situaciones. Mientras que los sectores de ultraderecha nombran los problemas y en un ejercicio de trilerismo político terminan apuntando a las personas migrantes, los sectores progresistas, sin embargo, construyen documentos en donde todo cabe. Las transiciones deben ser sostenibles, justas, verdes, tranquilas, ilusionantes y felices. No asustar, no incomodar, no molestar. La negación de la izquierda a hablar de determinadas cosas abre huecos y vacíos a la hora de nombrar los malestares que ocupa la ultraderecha.

En noviembre de 2024 Donald Trump ganó por segunda vez, no consecutiva, las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Las medidas tomadas desde entonces han supuesto un verdadero terremoto social. Constituyen una ofensiva radical del capital para privatizar el Estado, reformular el orden mundial, controlar los contrapoderes democráticos, minimizar las políticas redistributivas y ecosociales, invadir países, declarar guerras o intensificar el genocidio en el territorio palestino.

Si deportar personas migrantes y vigilar las fronteras de la nación atrincherada es la primera tarea del fascismo apocalíptico, la segunda es apoderarse de todos los recursos que sus ciudadanos y ciudadanas protegidas puedan necesitar para superar los duros tiempos que se avecinan. El canal de Panamá, Groenlandia, los minerales críticos de Ucrania, el agua dulce de Canadá, el petróleo de Venezuela o Irán.

En una época marcada por la contingencia y el riesgo, los movimientos supremacistas surgidos en diferentes estados pretenden convertir los mismos en fortalezas armadas, inflexibles a la hora de expulsar y confinar a los seres humanos sobrantes, y determinados a acaparar violentamente la tierra, el agua, la energía, los alimentos o los minerales que creen necesitar para afrontar las crisis.

Élites económicas, visionarios ultratecnológicos y fundamentalistas religiosos tejen alianzas, a primera vista extrañas. Convierten las sociedades en una balsa de la Medusa en la que hay que empujar, matar, robar o canibalizar y vampirizar absolutamente todo para continuar sobre ella. La respuesta a la crisis se traduce en

2. Ibidem.

La ola totalitaria actual apuesta, mediática y performativamente, por la exhibición de crueldad. La espectacularización de la violencia y la deshumanización normaliza la crueldad y disuelve la empatía, y trata de aislar a las personas, estimular luchas entre pobres y quienes tienen miedo de serlo. Mucha gente siente desesperanza, tristeza e incertidumbre. Las ultraderechas nombran el malestar y ofrecen compensaciones: se puede aplaudir el fin de las ayudas a quienes se aprovechan de todos, jalea la deportación masiva de personas presentadas como delincuentes o celebrar la desaparición de las regulaciones económicas y medioambientales.

una especie de cruzada basada en el abandono de todo lo humano. El cuerpo, la interdependencia, la compasión, la vulnerabilidad y la complejidad de la vida son lastres que hay que abandonar.

Conscientes de que vivimos en una era de peligro existencial real —desde el colapso climático hasta la guerra nuclear, pasando por la desigualdad creciente y la inteligencia artificial no regulada—, y comprometidos financiera e ideológicamente con lógicas que agravan esas amenazas, los movimientos de extrema derecha contemporáneos carecen de una visión creíble para ofrecer un futuro esperanzador a quienes no son ricos y no pueden aspirar a escapar. Se cuecen narrativas que ofrecen a los votantes que no caben en sus cápsulas salvadoras la nostalgia de un pasado que en realidad nunca existió, y la posibilidad de ejercer poder y castigo sobre un conjunto cada vez más amplio de otros seres que están peor que ellos y que son designados culpables.

Cuando los discursos xenófobos dicen «aquí no cabe- mos todos», en realidad aluden a la imposibilidad de que los estándares de consumo y estilos de vida materiales, políticos y simbólicos que se habían alcanzado solo para algunas partes minoritarias y ricas de la población sean viables para todos «los nacionales» si llegan muchas personas de fuera con las que haya que compartir.

La realidad incómoda es que, efectivamente, no es posible que quepamos todos si los estándares materiales deseados suponen vivir como si existiesen varios planetas en lugar de uno parcialmente agotado.

La ola totalitaria actual apuesta, mediática y performativamente, por la exhibición de crueldad. La espectacularización de la violencia y la deshumanización normaliza la crueldad y disuelve la empatía, y trata de aislar a las personas, estimular luchas entre pobres y quienes tienen miedo de serlo. Mucha gente siente desesperanza, tristeza e incertidumbre. Las ultraderechas nombran el malestar y ofrecen compensaciones: se puede aplaudir el fin de las ayudas a quienes se aprovechan de todos, jalea la deportación masiva de personas presentadas como delincuentes o celebrar la desaparición de las regulaciones económicas y medioambientales. Elon Musk en un discurso afirmaba que la empatía es la debilidad fundamental de la civilización occidental.

El auge de las ultraderechas puede ser leído como una reacción distópica a la crisis ecosocial y al decrecimiento material global. Algunas de las fuerzas estructurantes de la sociedad (culturales y mediáticas, económicas y políticas) están desplazándose hacia ese polo. Cuanto peor se percibe o imagina la crisis, mayor es el atractivo de los chivos expiatorios.³ El fascismo del siglo XXI es una propuesta capitalista de reorganización material y política que se realiza desde visiones racistas, misóginas y coloniales. El punitivismo y la represión constituyen el principio de precaución monstruoso contra la aparición de las resistencias que surgen y que, sin duda, crecerán.

El problema es que las izquierdas y las visiones de derecha algo más moderadas están siendo arrastradas hacia ese terreno político oscuro. Los gobiernos progresistas se enfrentan a la contradicción entre «el realismo» de favorecer la acumulación en sus territorios y la necesidad de conseguir legitimidad política. Bajo esa tensión surgen políticas desconcertantes y contradictorias que causan profundas crisis de legitimidad.

No existen, a mi juicio, vías sólidas alternativas para canalizar la frustración, incertidumbre y malestar pre-

3. Herrero, Y. (2024): «La emergencia de la ultraderecha», *La Marea*. 2/10/2024, en línea <https://www.lamarea.com/2024/10/02/la-emergencia-de-la-ultraderecha-ya-yo-herrero/>, acceso el 25/10/2024.

Podría haber una segunda forma de atajar la crisis ecosocial, canalizando los esfuerzos a reconstruir formas de organización que prioricen la sostenibilidad de la vida digna, una cultura política del apoyo mutuo y el sentido de pertenencia a la trama de la vida.

sentes en la sociedad. Falta organización, reflexión compartida y espacios que permitan analizar, más allá de los laboratorios cerrados de las cúpulas, qué falla en las estrategias que se anunciaron tantas veces como ganadoras. No existe hoy, una propuesta política emancipadora suficientemente organizada y con un proyecto alternativo al capitalismo.⁴

La cuestión central en este momento es cómo se aborda la contradicción capital-vida. *Grosso modo* hay dos formas de hacerlo. O se recorta por el lado de la vida o se apunta a una transición ecosocial justa basada en la suficiencia, la redistribución y la garantía de la vida decente para todas las personas.

Si prima la primera, quien puede pagar, merece lo que desea, y quien no, no tiene lo que necesita, ya sea vivienda, luz o alimentos suficientes y de calidad.

Podría haber una segunda forma de atajar la crisis ecosocial, canalizando los esfuerzos a reconstruir formas de organización que prioricen la sostenibilidad de la vida digna, una cultura política del apoyo mutuo y el sentido de pertenencia a la trama de la vida. Apoyándonos en las reflexiones que hemos venido realizando, desde las perspectivas ecofeministas, llamamos Transición Ecosocial Justa al proceso compartido, planificado y deseado de reorganización de la vida en común, que tiene por finalidad la garantía de existencia digna para todas las personas y comunidades, con plena consciencia de que ese derecho ha de ser satisfecho en un planeta con límites ya superados, que compartimos con el resto del mundo vivo y que estamos obligados a conservar para las generaciones más jóvenes y las que aún no han nacido.

4. Herrero, Y. (2024): «La emergencia de la ultraderecha», *La Marea*. 2/10/2024, en línea <https://www.lamarea.com/2024/10/02/la-emergencia-de-la-ultraderecha-ya-yo-herrero/>, acceso el 25/10/2024.

Hacerse cargo de la crisis ecológica y, simultáneamente, garantizar las condiciones de vida de todas las personas, implica tener en cuenta siete ideas clave interrelacionadas:⁵ la idea de límite (relacionada con el ajuste a la realidad material de nuestro planeta), la de necesidades (que reconoce a los humanos y humanas como interdependientes), la idea de redistribución (que nos permite pensar en la satisfacción de necesidades para todas las personas en un contexto de contracción material), la idea de democracia (que pone en el centro el establecimiento de debates y la llegada a acuerdos para conseguir esa transición), la idea de urgencia (que llama la atención sobre la dinámica acelerada de la crisis ecosocial y sus consecuencias), la de precaución (que tiene en cuenta que la transición se llevará a cabo en un contexto plagado de contingencias imprevistas), y la idea de imaginación (crucial para construir horizontes de deseo compatibles con el contexto ecológico en el que han de ser materializados).

Exige gestionar límites en sociedades que reniegan de ellos, blindar derechos en un momento de quiebra de la razón humanitaria,⁶ reorganizar los tiempos y reordenar el territorio, establecer deberes, aprovechar los esfuerzos ya realizados en materia de política pública y el conocimiento de quienes los han realizado, cuestionar privilegios, repartir con justicia los esfuerzos, transformar costumbres e imaginarios arraigados y estimular la imaginación de horizontes utópicos de deseo compatibles con la situación de crisis ecosocial.

La formulación de objetivos para una Transición Ecosocial Justa puede realizarse sin demasiada dificultad. Existe todo un cuerpo teórico y práctico de propuestas que han sido estudiadas y trabajadas desde diferentes ámbitos, que además gozan de cierto reconocimiento. Su mayor dificultad no es la técnica, sino la profunda transformación cultural que supone.

Hay que asumir que hoy los imaginarios sociales, especialmente en los países enriquecidos, se inscriben en los paradigmas del crecimiento, el consumo y los proyectos de vida individualizados y que, sin un amplio apoyo social, es evidente que no se podrán abordar en

5. Foro de Transiciones (2023): *Sumar para una Transición Ecosocial Justa en España*, en línea <https://forotransiciones.org/wp-content/uploads/sites/51/2023/05/Sumar-Transici%C3%B3n-Ecol%C3%B3gica-Justa-20230430.pdf>, acceso el 27/9/2024.

6. Segato, R. (2016): *La guerra contra las mujeres*, Madrid: Traficantes de Sueños.

La puesta en marcha de un proceso centrado en la construcción de una sociedad de la suficiencia, igualitaria y democrática, en la que las personas se sientan a salvo, requiere una importante transformación cultural. Una metamorfosis social, política y cultural que afecta a todas las escalas territoriales y de convivencia: el hogar, el barrio, la comunidad local, el área metropolitana, la región, el estado, la escala supranacional, los movimientos sociales, las empresas, etc.

profundidad y con urgencia los cambios necesarios. Es más, en situaciones de dificultad, el malestar, la frustración y la proliferación de las opciones populistas y autoritarias podrían verse fortalecidas, tal y como ya está sucediendo ya.

La puesta en marcha de un proceso centrado en la construcción de una sociedad de la suficiencia, igualitaria y democrática, en la que las personas se sientan a salvo, requiere una importante transformación cultural. Una metamorfosis social, política y cultural que afecta a todas las escalas territoriales y de convivencia: el hogar, el barrio, la comunidad local, el área metropolitana, la región, el estado, la escala supranacional, los movimientos sociales, las empresas, etc.

Mirar el futuro con esperanza y confianza exige redefinir socialmente qué entendemos por una vida buena en tiempos de la policrisis ecosocial e imaginar otras formas de vivir capaces de inspirarnos para iniciar el

camino y de fortalecernos para recorrerlo y transformar las aspiraciones y deseos de una parte significativa de la sociedad.

Inevitablemente, una de las responsabilidades que tienen los agentes políticos y sociales es la de esforzarse por abrir una enorme conversación capaz de llegar a todos los rincones de la sociedad. Alumbrar un pacto ecosocial ambicioso y construir amplios consensos pasa, necesariamente, por desplegar un gran debate ciudadano que sitúe en la esfera pública y en la agenda política las cuestiones relacionadas con la Transición Ecosocial Justa.

Si bien es preciso reconocer las dificultades, también es obligado reconocer que no son pocas las resistencias que existen y los espacios organizados en los que brota con fuerza una pulsión comunitaria. Las resistencias y apoyo a las personas perseguidas por las políticas del ICE en Estados Unidos, la protesta mundial contra el genocidio de Israel contra el pueblo palestino, la autoorganización de la solidaridad frente a la DANA en Valencia son solo algunas muestras.

Si las personas fuesen solo la mitad de individualistas de lo que se suele declarar, hace tiempo que ya no existiríamos. Los servicios públicos, que son la institucionalización de la cooperación y apoyo mutuo, las colaboraciones público-comunitarias, los movimientos sociales y económicos de base, las luchas sindicales, el cuidado cotidiano que permite que la vida humana se reproduzca cotidiana y generacionalmente...

Hay una tendencia a poner el foco en todo lo feo y a eclipsar lo que nos mantiene en pie. Invertir esta iluminación es crucial para dotar de fuerza y sentido a un compromiso radical con el presente que permita imaginar los futuros que deseamos. ■

Juan Torres López

*Catedrático jubilado de Economía Aplicada**

Cuando Donald Trump tomó posesión por segunda vez como presidente de Estados Unidos, la reacción más extendida en los medios, entre académicos y en la opinión pública fue la de siempre: estábamos de nuevo ante un loco, ante un histrión imprevisible cuya personalidad desbordada explica por sí sola el caos que desataba. Es comprensible, porque sus declaraciones son burdas, sus órdenes ejecutivas se contradicen entre sí, sus ocurrencias van del ridículo al peligro sin solución de continuidad y miente constantemente. Pero ese análisis es muy insuficiente. Si lo que está ocurriendo en Estados Unidos y, como consecuencia ineludible, en todo el planeta es el resultado de una anomalía personal, bastaría con esperar a que pase, o sustituirlo por alguien más presentable. Pero no es así.

La tesis que defiendo es que el trumpismo no es una excrecencia del sistema, un accidente, sino su expresión más descarnada. Trump no actúa contra el poder económico, sino como una parte significativa de él; no es el origen de la crisis que vivimos, sino su manifestación más visible y de momento más extrema.

La tesis que defiendo es que el trumpismo no es una excrecencia del sistema, un accidente, sino su expresión más descarnada. Trump no actúa contra el poder económico, sino como una parte significativa de él; no es el origen de la crisis que vivimos, sino su manifestación más visible y de momento más extrema.

El por qué: lo que hay detrás del personaje

La aparición de líderes autoritarios como Trump no es la causa de la crisis de la democracia y las libertades en el mundo. Es esa crisis la que los produce y explica su aparición y es por ello que su llegada al poder no puede considerarse como un accidente pasajero, sino como un punto de inflexión en la historia del capitalismo contemporáneo.

Para entender lo sucedido hay que empezar por conocer lo que ocurrió en las últimas cuatro décadas en la economía estadounidense.

La concentración extrema de la riqueza y del poder económico ha dado lugar a una desconexión creciente y extraordinaria entre el crecimiento de la economía y del ingreso y el bienestar de la mayoría de la población. El 1 % más rico posee hoy más del 31 % de la riqueza total del país, mientras que la mitad inferior apenas supera el 2 %. La globalización deslocalizó las grandes empresas en busca de costes más bajos y se produjo una intensa desindustrialización: se perdieron más de 7,5 millones de empleos industriales desde 1980, y en amplias zonas geográficas la renta per cápita real es hoy inferior a la de hace tres décadas. El endeudamiento masivo de los hogares en educación, salud y vivienda convirtió derechos básicos en riesgos financieros permanentes. Y el debilitamiento del poder sindical dejó a las clases trabajadoras sin instrumentos de respuesta colectiva.

Todo ello generó algo más que desigualdad: inseguridad vital crónica, un sentimiento de pérdida de estatus y de futuro bloqueado, la sensación de ruptura del contrato social que había sostenido la legitimidad del sistema durante los años del capitalismo de posguerra. Y es en ese caldo de cultivo en el que personajes como Trump no aparecen como sorpresas sino como respuestas funcionales del propio sistema.

Y eso explica, además, algo aún más importante que señalar. Donald Trump no es ni mucho menos un lla-

* Autor del libro *Cómo sobrevivir al trumpismo y a la economía de la motosierra* (Ediciones Deusto, 2025).

El llamado anarcoliberalismo que aclama a Trump, Milei y sus émulos en todo el mundo no busca realmente lo que dice buscar, sino favorecer a la parte ya de por sí más favorecida de la sociedad, liberándola de los costes regulatorios, fiscales y sociales que limitan su apropiación de la riqueza. Martin Wolf lo ha denominado «plutopopulismo»: el populismo de los muy ricos para quedarse con la riqueza de todos los demás.

nero solitario. Actúa con manual de instrucciones. El llamado Proyecto 2025, elaborado por cientos de especialistas y financiado por grandes empresas y bancos a través de la Fundación Heritage, diseñó con detalle el desmantelamiento que Trump está ejecutando casi letra a letra. Más del 61 % de las más de 320 medidas propuestas ya se han puesto en marcha o están en proceso de ejecución y eso demuestra que lo que hace no es la improvisación ni el capricho de un multimillonario iluminado. Es una estrategia consciente, premeditada y muy bien financiada para vaciar la democracia desde dentro y hacer irreversible la concentración de poder en manos de quienes la financian.

Eso explica también la paradoja más reveladora de todo este proceso. Los ultraliberales que llevan décadas predicando la virtud del libre mercado, la reducción del Estado y la eliminación del proteccionismo apoyan con entusiasmo al mayor fabricante de deuda pública de los últimos tiempos, al más intervencionista de los presidentes recientes y al que eleva aranceles al nivel más alto desde hace un siglo. Una contradicción que es sólo aparente.

El llamado anarcoliberalismo que aclama a Trump, Milei y sus émulos en todo el mundo no busca realmente lo que dice buscar, sino favorecer a la parte ya de por sí más favorecida de la sociedad, liberándola de los costes regulatorios, fiscales y sociales que limitan su apropiación de la riqueza. Martin Wolf lo ha denominado «plutopopulismo»: el populismo de los muy ricos para quedarse con la riqueza de todos los demás.

El nuevo capitalismo que ha emergido en las últimas décadas (el tecnológico-financiero que ha desplazado al productivo como núcleo del poder) no se opone al

Estado: lo necesita, no para que lo regule, sino para que lo sirva. Sus negocios centrales (la minería de datos, el control de plataformas, la especulación financiera, la extracción de rentas a través de posiciones de monopolio) no generan valor por producir cosas, sino por apropiarse de lo que otros producen o por cobrar peaje por el mero hecho de existir. Es un capitalismo rentista y extractivo y su gran problema es que, para funcionar y para seguir acumulando, necesita que el Estado le garantice esa apropiación. Necesita capturarlo para asegurarse las leyes que blinden sus monopolios, las regulaciones que anulen a sus competidores, y las guerras que les abran mercados y les suministre materias primas, además de recortes fiscales que multipliquen sus dividendos. No desea destruir al Estado, como dicen, sino hacerse con él. Por eso es incompatible con la democracia real. Esta, por débil que sea, es un mecanismo de contención que permite que las mayorías interfieran en la apropiación de las minorías. Y eso es justamente lo que este capitalismo no puede tolerar. Trump, Milei y sus equivalentes en todo el mundo son los instrumentos políticos que ese capitalismo necesita para vaciarlo de contenido desde dentro, preservando la forma si es inevitable (elecciones, banderas, discursos sobre la libertad...) mientras elimina el fondo, los contrapesos, la deliberación, los derechos que limitan la acumulación sin freno.

Hasta aquí he tratado de explicar por qué surge el trumpismo. Pero eso no basta para comprenderlo. La crisis interna que lo alimenta y el declive relativo de Estados Unidos como potencia mundial son manifestaciones de un mismo proceso histórico: la pérdida de capacidad industrial, la financiarización de la economía, la concentración de riqueza, el aumento de la deuda y el deterioro de las condiciones de vida de amplios sectores sociales. La respuesta al declive imperial y la respuesta a la crisis social son, en realidad, dos caras de un mismo problema.

El para qué: los objetivos reales

El terremoto económico del segundo mandato de Trump ha concentrado la atención en los aranceles, en las órdenes ejecutivas contra el medio ambiente, en los despidos masivos de empleados federales, en los recortes de la NASA y los programas sanitarios. Pero no conviene mirar solamente al dedo de esas medidas espectaculares, aunque sean sin duda relevantes, ignorando así a dónde apunta.

[...] los aranceles son el palo y la protección militar es la zanahoria. El objetivo no es reindustrializar la economía estadounidense, como se quería hacer creer. Se busca utilizar la amenaza arancelaria para forzar a otros países a apoyar la reforma del sistema monetario internacional que permita a Estados Unidos seguir financiando su deuda en mejores condiciones, y para asegurarse la compra masiva de armamento, energía y tecnología estadounidenses.

La guerra comercial que ha desatado Trump se diseñó como una trampa. No como una nueva política comercial, sino como la forma diferente con la que Estados Unidos va a tratar de dirigirse a partir de ahora al mundo. Stephen Miran, presidente del Consejo de Asesores Económicos de Trump, lo confesó con toda claridad en un documento de noviembre de 2024: los aranceles son el palo y la protección militar es la zanahoria. El objetivo no es reindustrializar la economía estadounidense, como se quería hacer creer. Se busca utilizar la amenaza arancelaria para forzar a otros países a apoyar la reforma del sistema monetario internacional que permita a Estados Unidos seguir financiando su deuda en mejores condiciones, y para asegurarse la compra masiva de armamento, energía y tecnología estadounidenses.

La reindustrialización, tal y como Trump la plantea, o reducir el déficit comercial estadounidense son objetivos inalcanzables, al menos en el horizonte de tiempo que es relevante políticamente. Las empresas industriales no se fueron de Estados Unidos porque alguien las obligara, sino para maximizar sus beneficios. Y no van a volver por patriotismo ni por aranceles si no encuentran allí condiciones más rentables que en otro lugar.

Se ha calculado que, para equilibrar la balanza comercial estadounidense, se necesitarían 3,5 millones de empleos industriales adicionales, lo que exigiría aumentar el flujo migratorio (justamente lo contrario de lo que Trump hace) y elevar sustancialmente los salarios, que es lo que las grandes corporaciones llevan décadas tratando de evitar. Y reindustrializar una economía del siglo XXI requiere una mano de obra

altamente cualificada que Estados Unidos ha ido perdiendo durante décadas de desindustrialización.

Lo que se busca, y lo que en buena parte se está logrando, es otra cosa: forzar la reconfiguración del terreno de juego geopolítico y monetario internacional. Trump enseña a Europa el palo de los aranceles para que compre más armamento y energía estadounidenses. Presiona a los países del Golfo e, incluso, desencadena una guerra con Irán, de diseño militar descabellado, para tratar de que los excedentes de capital se sigan colocando en activos estadounidenses. Busca debilitar a China mediante el control de los flujos de petróleo de Venezuela e Irán y mediante la guerra tecnológica en semiconductores e inteligencia artificial. Y detrás de todo ello está el problema estructural que lo explica claramente: el declive relativo del poder económico de Estados Unidos como potencia imperial.

Desde 1960, la economía estadounidense ha perdido un peso enorme en la producción y el comercio mundial. Su participación en el PIB global ha pasado del 40 % a menos del 30 %. En términos de producción industrial, del 40 % al 18-19 %. Y el peso del dólar en las reservas mundiales de divisas ha caído del 70 % al 58 % en las últimas dos décadas. Los pilares tradicionales sobre los que ha descansado la hegemonía imperial de Estados Unidos (su industria y tecnología, el dominio del comercio, el dólar, la cultura y el poder militar) se debilitan. Incluso el militar, como se acaba de ver en Irán, resulta limitado al haber convertido a sus ejércitos en una fuente de negocio en detrimento de su capacidad operativa real.

La historia de los grandes imperios muestra que este tipo de declive no es un accidente sino un patrón. Todos ellos, prácticamente sin excepción (el español, el holandés, el británico) acabaron erosionados por una misma lógica: la potencia dominante acumula cargas que su base productiva ya no puede sostener, y confunde cada vez más el poder con la fuerza bruta, porque el poder blando que un día tuvo se ha ido agotando. La historia revela claramente que las potencias en declive raramente ceden posiciones de forma ordenada. Tienen a hacerlo pagar muy caro a todos los demás.

Y en esta fase de declive, lo que está haciendo Trump como respuesta funcional del sistema viene a ser lo mismo que hicieron Nixon en 1971 y Reagan en los ochenta, cuando se enfrentaron a otros momentos de crisis de hegemonía: desordenar el tablero y generar deliberadamente una crisis generalizada que obligue

La motosierra que Trump puso en manos de Elon Musk ya no puede parecer una novedad ni una extravagancia. Es la última y menos refinada expresión de las políticas de austeridad neoliberal: reducir el gasto social mientras se aumenta el militar y el apoyo a grandes empresas, bajar impuestos a los más ricos y aumentar la deuda, debilitar la capacidad de respuesta y el poder de negociación de las clases trabajadoras. Lógicamente, con un resultado devastador en términos distributivos. [...] Nada nuevo, en realidad. Es, en el fondo, lo que siempre han hecho las políticas de austeridad: no reducir el gasto total sino el social, mientras que aumentan el militar y las ayudas a grandes empresas.

a que todo cambie para que no se modifique lo que se busca preservar. Trump lo hace ahora, eso sí, con brutalidad, sin red, destruyendo las instituciones que hasta ayer le servían al propio sistema como elementos de legitimación.

Lo que hay detrás del aparente caos

Pero esa estrategia exterior tiene una condición previa que a menudo pasa desapercibida. Para llevarla adelante es necesario reorganizar también las relaciones de poder dentro de Estados Unidos. Un país que pretende afrontar una transición hegemónica tan conflictiva necesita reducir los espacios de contestación interna, disciplinar a las instituciones públicas, reforzar la influencia de las grandes corporaciones estratégicas y debilitar los mecanismos democráticos que puedan obstaculizar decisiones cada vez más excepcionales.

La ofensiva contra el sector público, los derechos sociales, las universidades, los organismos reguladores o los medios críticos no es, por tanto, un fenómeno independiente de la política exterior trumpista. Forma parte del mismo proyecto.

Sabido esto, el llamado caos trumpista cobra sentido. La motosierra que Trump puso en manos de Elon Musk ya no puede parecer una novedad ni una extravagancia. Es la última y menos refinada expresión de las políticas de austeridad neoliberal: reducir el gasto social mientras se aumenta el militar y el apoyo a grandes empresas, bajar impuestos a los más ricos y aumentar la deuda, debilitar la capacidad de respuesta y el poder de negociación de las clases trabajadoras. Lógicamente, con un resultado devastador en términos distributivos.

Nada nuevo, en realidad. Es, en el fondo, lo que siempre han hecho las políticas de austeridad: no reducir el gasto total sino el social, mientras que aumentan el militar y las ayudas a grandes empresas. En el primer mandato de Trump, el gasto público aumentó 2,3 billones de dólares y la deuda un 36 %. Y sólo en sus primeros cien días de segunda presidencia, el gasto público aumentó un 6 % más que en el mismo período de 2024 y la deuda en más de 400.000 millones. Las estimaciones más conservadoras de la Oficina de Presupuesto del Congreso señalan que la ley presupuestaria aumentará la deuda en 3,8 billones en diez años.

La motosierra no produce los efectos prometidos por quienes la utilizan. Produce exactamente los mismos resultados que siempre han producido las políticas de austeridad: deterioro del bienestar de la mayoría, mayor deuda, mayor desigualdad y gasto público total más elevado, porque lo que se recorta no es el Estado sino sus funciones sociales y redistributivas. Los costes que sufren los trabajadores y las clases populares no son el daño colateral de una política equivocada, sino su objetivo real.

El mundo que construye Trump

El futuro que puede traer el trumpismo depende de dos procesos contradictorios que ya están en marcha.

El primero es la reproducción activa, en gran parte del mundo occidental, de las condiciones que lo han hecho posible en Estados Unidos. La desigualdad creciente, el vaciamiento institucional, la degradación del espacio público y la frustración social no son fenómenos exclusivos de la gran potencia. Se están generalizando, y allí donde partidos y figuras similares aún no han cobrado suficiente fuerza, comienzan a asomar. Los crea el mismo sistema cuando se enfrenta a

La única forma de hacer efectivo lo que es imprescindible para acabar con el trumpismo y lo que este conlleva sobre el bienestar y las libertades: frenar la desigualdad extrema, el vaciamiento de la democracia, la captura del poder político por las oligarquías económicas y la degradación del espacio público. Mientras el mundo se limite a gestionar el daño sin transformar las condiciones que lo generan, el trumpismo no será una anomalía histórica. Hasta ahora, sin embargo, son unas tareas en las que se ha fracasado de forma bastante evidente.

la exigencia de establecer nuevas formas de apropiación y legitimación.

El segundo proceso es paradójico: el más que probable fracaso de la propia estrategia trumpista. Sus cuatro objetivos declarados son contradictorios entre sí e inalcanzables a corto e incluso a medio plazo. No puede reducir el déficit exterior si no permite a otros países acumular dólares, porque esa acumulación es la otra cara del déficit que financia a Wall Street. No puede reindustrializar sin inversión pública masiva, que rechaza, y sin salarios más altos, que las grandes corporaciones llevan décadas evitando. No puede mantener al dólar como moneda de reserva y al mismo tiempo eliminar el déficit que es la condición de esa demanda. No puede compensar los recortes fiscales a los ricos con ingresos arancelarios sin hundir la actividad y disparar la inflación. Y el poder duro del imperio, como ha demostrado la experiencia histórica, no puede ejercerse mucho tiempo sin el poder blando al que Trump ha renunciado casi por completo, quedando cada vez más aislado incluso de sus aliados más fieles.

Esta lógica contradictoria se combina con una fragilidad del sistema financiero internacional que es estructural y no coyuntural. La deuda global cercana a 3,5 veces el PIB mundial, la expansión del crédito privado y las burbujas especulativas que acompañan el desarrollo de la inteligencia artificial pueden estallar en cualquier momento. El resultado no serán cisnes negros, eventos imprevisibles, sino consecuencias per-

fectamente predecibles de fracturas sistémicas que el trumpismo no resuelve, sino que profundiza.

Y frente al declive del imperio en estas condiciones, el ascenso de China no es simplemente el éxito de un rival: es la evidencia material del fracaso del modelo. Mientras Estados Unidos financiarizaba su economía y sus grandes corporaciones dedicaban sus beneficios a recomprar sus propias acciones, China mantenía una formación bruta de capital fijo en torno al 40 % de su PIB, superando ya en términos absolutos a la economía estadounidense. Cada presión de Washington ha acelerado la autosuficiencia china. La expulsión de Android produjo Harmony; el bloqueo de semiconductores intensificó la producción propia; la guerra comercial generó superávit récord y diversificación exportadora. China tiene problemas estructurales propios y serios, pero lo cierto es que comienza a superar a Estados Unidos en las áreas claves de la economía que definen el poder de las naciones en las relaciones internacionales.

La gran paradoja del momento es que la propia estrategia de Estados Unidos está acelerando la configuración del mundo multipolar que trata de evitar. Le resulta imposible mantener su hegemonía por atracción y necesita cada vez más la coerción, la amenaza y la fuerza. Y esta estrategia, como enseña la historia de todos los imperios en declive, tiene —dicho en conocidos términos económico— rendimientos decrecientes. Las potencias que no pudieron o no quisieron adaptarse a tiempo terminaron haciendo pagar muy caro ese tránsito al resto del mundo.

Lo que ocurra en el futuro dependerá, en buena medida, de la respuesta de los polos de contrapoder emergentes, principalmente China y Europa. Y, sobre todo, si no se avanza en la construcción de instituciones capaces de proporcionar una gobernanza internacional plural, democrática y respetuosa con los derechos humanos, en todos los lugares del mundo. La única forma de hacer efectivo lo que es imprescindible para acabar con el trumpismo y lo que este conlleva sobre el bienestar y las libertades: frenar la desigualdad extrema, el vaciamiento de la democracia, la captura del poder político por las oligarquías económicas y la degradación del espacio público. Mientras el mundo se limite a gestionar el daño sin transformar las condiciones que lo generan, el trumpismo no será una anomalía histórica. Hasta ahora, sin embargo, son unas tareas en las que se ha fracasado de forma bastante evidente.

En conclusión, la respuesta a la pregunta de qué vendrá después de Trump es bastante sencilla: otro presidente que seguirá gestionando el mismo declive estructural de Estados Unidos. Tendrá que usar instrumentos similares, con métodos más agresivos o más moderados, con discursos más estridentes o más sofisticados, con formas parecidas a las de Trump o, en el mejor de los casos, con otras más presentables. Pero el problema de fondo seguirá siendo el mismo: cómo gestionar el declive relativo de una potencia que ya no puede ejercer su hegemonía en las condiciones que lo hizo durante gran parte del siglo xx.

No conviene olvidar que fue Obama quien definió a Estados Unidos como la «potencia indispensable» y multiplicó las intervenciones militares; o que fue Biden quien impulsó políticas de confrontación con China, reforzó la subordinación estratégica europea a los intereses estadounidenses y llevó la rivalidad

geopolítica a niveles desconocidos desde hacía décadas. Cambian los estilos, los lenguajes y las coaliciones políticas, pero la necesidad de gestionar el declive relativo de la potencia hegemónica permanece.

No debemos engañarnos. El mundo no se enfrenta a un problema de personaje. Si el resto del mundo se limita a esperar que pase la tormenta que ha desatado Donald Trump, detrás de él vendrá el trumpismo, quizá con otro nombre, otro rostro y otros modales, pero impulsado por las mismas contradicciones, apoyado por las mismas oligarquías económicas y financieras, y con consecuencias semejantes o incluso más graves. Lo verdaderamente decisivo no es quién ocupa la Casa Blanca, sino las condiciones económicas, sociales y geopolíticas que hacen posible que proyectos como el actual de Trump, el del poder que domina el mundo, sigan encontrando terreno fértil para prosperar. ■

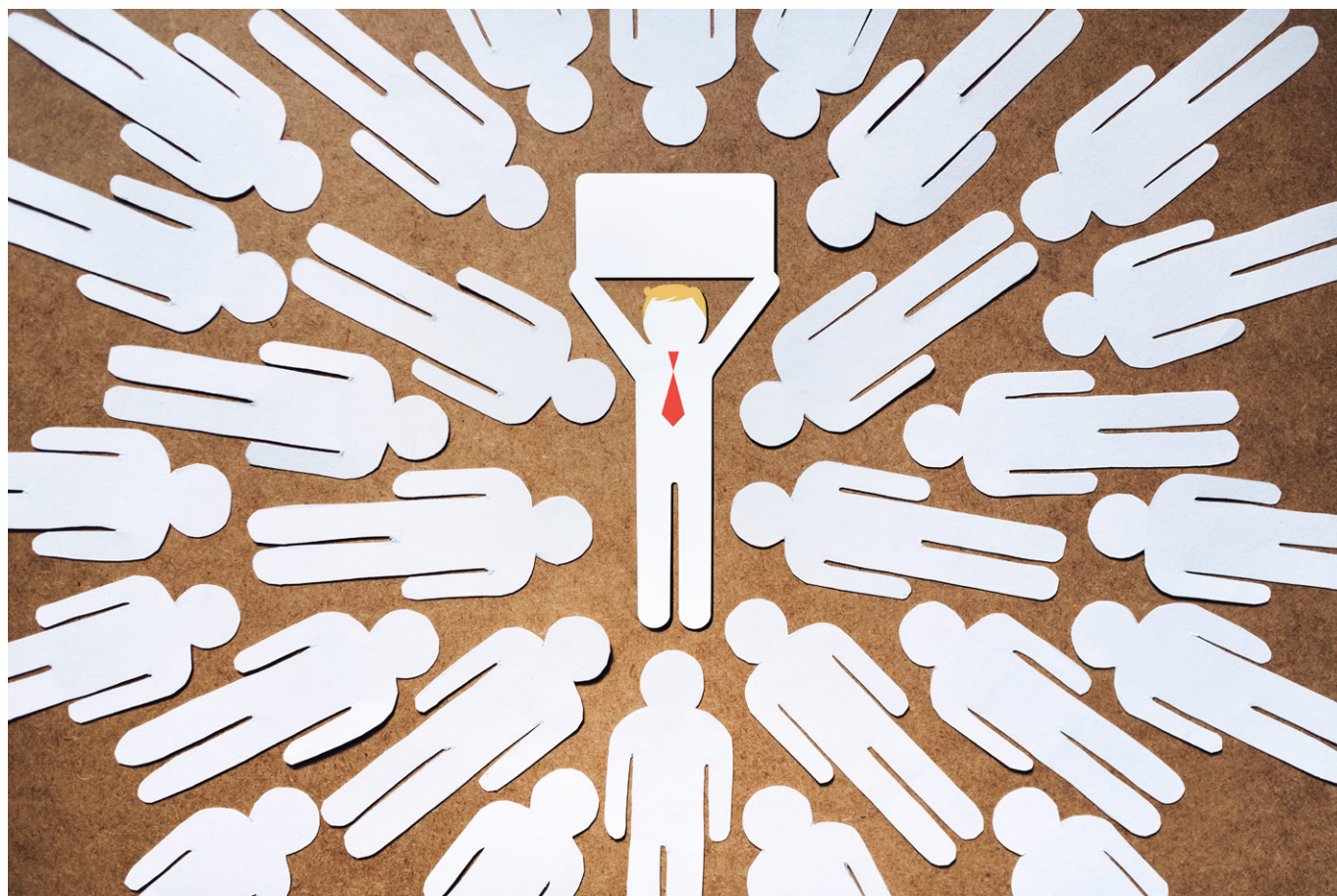


Imagen de @shchus (Adobe Stock).

EL LIBRO RECOMENDADO

ESTEBAN HERNÁNDEZ, *EL NUEVO ESPÍRITU DEL MUNDO. POLÍTICA Y GEOPOLÍTICA EN LA ERA TRUMP*, DEUSTO, 2025. 224 PÁGINAS

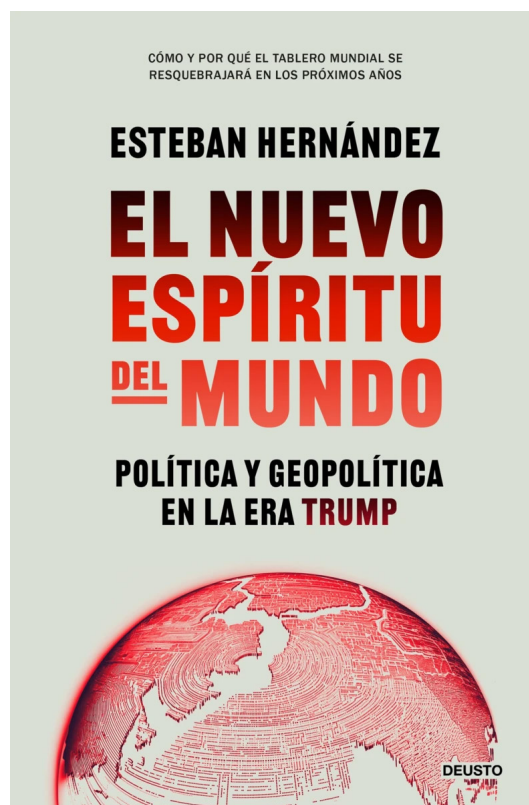
Juan Torres López

Catedrático jubilado de Economía Aplicada

Esteban Hernández es uno de los analistas españoles que con mayor insistencia ha estudiado las transformaciones sociales y territoriales derivadas de la globalización y en este libro realiza un análisis bastante original de lo que está representando Trump en el mundo de nuestros días.

El libro parte de una tesis central que lo recorre de principio a fin: «La estupefacción» (título del primer capítulo) que supuso la segunda victoria presidencial de Trump no se puede entender sin analizar los procesos de fondo que se están desarrollando en casi todos los territorios del planeta, incluso en el interior de sus poblaciones. La mayoría de las cuales habían acumulado un deseo profundo de cambio ante el deterioro de sus condiciones de vida.

En ese mencionado primer capítulo señala que el *shock* que se produjo en noviembre de 2024 fue la expresión de ese malestar acumulado, y no un simple y esporádico capricho del electorado. Hernández sostiene que el triunfo de Trump fue el resultado de haber sabido aprovechar o recoger varios elementos presentes no sólo en la política estadounidense sino también en casi toda la occidental: un sentimiento agudo de enfrentamiento al sistema, el deseo de cambio, el malestar hacia los gobiernos y una rearticulación de la política a partir de la variable geográfica, todo ello envuelto en una crisis de hegemonía estadounidense. Y, sobre todo, que eso se ha producido al mismo tiempo que cambiaba el orden de los factores que había dominado la política desde hacía décadas. Concretamente, convirtiendo a los conservadores en disruptores de los procesos de cambio al prometer «la recuperación de las capacidades nacionales» que, entre otras cosas, suponía la irrupción de la geografía en la política. Mientras que, por otro lado, perdían relevancia «las viejas posiciones ideológicas» que no fueron capaces de detectar o de dar respuesta a esa demanda. Un proceso en el



que España sería una anomalía, al haber quedado más indefinida la nueva relación entre grandes centros de población y las periferias.

En el capítulo 2 («Los lugares en los que hay que estar») se explican las transformaciones estructurales que dieron lugar al malestar de las clases medias y trabajadoras, al desanclaje con los lazos estatales, e incluso con el porvenir, y a la aparición de una «economía fisurada». La sustitución de la producción en masa por estructuras flexibles, de grandes fábricas por redes de subcontratación, de trabajadores industriales por perfiles altamente cualificados no sólo ha generado enormes cambios en la composición de clases y en las mentalidades colectivas. Los elementos de distinción se vuelven más complejos, el ascenso social se

ha hecho más difícil de utilizar y se multiplicaron los perdedores de la globalización a los que Trump capturó con promesas de reindustrialización, proteccionismo y de una nación fuerte que los acogería en sus brazos.

El capítulo 3 («El poder de los territorios») plantea que la disrupción provocada por la llegada de Trump responde, en realidad, a las perturbaciones que se han producido en el orden internacional y muestra que, en contra de lo que se ha creído o defendido, los grandes ganadores de la globalización han sido los Estados que le han hecho frente con estrategias nacionales. Los Estados Unidos de Trump estarían tratando de mantener su hegemonía en medio de un movimiento tectónico que sitúa a los territorios en el vértice de los conflictos, buscando recuperar poder «absorbiendo el de sus socios».

Los capítulos 4 y 5 («Una historia moral del conservadurismo» I y II) rastrean la larga trayectoria del conservadurismo norteamericano desde comienzos del siglo XX hasta el presente, para mostrar que el vínculo entre religión y economía que hizo posible el capitalismo productivo estadounidense basado en el trabajo, la sobriedad y el ahorro, se ha ido deshaciendo progresivamente.

En el capítulo 6 del libro («Enter Carl Schmitt»), Hernández recupera una conferencia de Schmitt de noviembre de 1932 en la que sostenía que el Estado se había totalizado demasiado y que la solución pasaba por reducir su papel económico, pero advirtiéndole que

eso solo sería posible con un Estado fuerte capaz de sofocar cualquier revuelta o respuesta. Trump sería una expresión contemporánea de esa lógica que exhibe su poder político y militar para mitigar la crisis interna y trasladar los costes del declive de Estados Unidos a sus aliados. Una estrategia ante la que la Unión Europea muestra una clara «desorientación».

El último capítulo («Shakespeare en Washington») cierra el libro regresando al análisis del declive de una gran potencia cuyas élites compiten entre sí e impulsan estructuras económicas que favorecen el negocio financiero y destruyen así no sólo la economía real, sino también y como consecuencia de ello, la cohesión social. Cuando un grupo social pretende acaparar todo el poder rompe «las bases de la vida en común» y «la fortaleza de la nación» y, frente a ello, Hernández regresa a Roosevelt. Recuerda un modelo de élite que supo domesticarse a sí misma para preservar la cohesión social que hace posible la convivencia y la democracia y concluye con una advertencia: Occidente sufrirá significativas perturbaciones internas que solo podrán encontrar solución cuando se deje atrás «un modo de gestión de la economía y la sociedad que tiende a separarnos en lugar de acercarnos».

Con independencia de que quien lo lea comparta o no todas sus tesis, el libro de Esteban Hernández constituye una de las interpretaciones más sugerentes publicadas en España sobre las transformaciones políticas y geopolíticas que explican el ascenso de Trump y la crisis del orden liberal occidental. ■

LIBROS

- Aaron, James. *Trump. Ensayo sobre la imbecilidad*. Malpaso, Barcelona, 2016.
- Applebaum, Anne. *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Debate, Madrid, 2021.
- Applebaum, Anne. *Autocracia S. A. Los dictadores que quieren gobernar el mundo*. Debate, Madrid, 2024.
- Baldwin, Richard. *The Great Trade Hack: How Trump's Trade War Fails and the World Moves on*. CEPR Press, 2025
- Coggan, Philip. *The Economic Consequences of Mr Trump: What the Trade War Means for the World*. Profile Books Ltd. London, 2025
- Diamond, Jared. *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Debate, Barcelona, 2012.
- Drutman, Lee. *Breaking the Two-Party Doom Loop*. Oxford University Press, Oxford, 2020.
- Forti, Steven. *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI, Madrid, 2021.
- Gensler, Gary & Johnson, Simon & Panizza, Ugo & Weder di Mauro, Beatrice (ed.). *The Economic Consequences of The Second Trump Administration: A Preliminary Assessment*, CEPR Press Books, Centre for Economic Policy Research, 2025.
- Graham, David A. *El proyecto. Cómo el Proyecto 2025 está transformando América*. Shackleton Books, Barcelona, 2026.
- Johnston, David Cay. *Cómo se hizo Donald Trump*. Capitán Swing, Madrid, 2017.
- Monbiot, George y Hutchison. *La doctrina invisible. Historia secreta del neoliberalismo (y cómo ha acabado controlando tu vida)*. Capitán Swing, Madrid, 2025.
- Levitsky, Steven y Ziblatt, Daniel. *La dictadura de la minoría. Cómo revertir la deriva autoritaria y forjar una democracia para todos*. Ariel, Barcelona, 2024.
- Montoya, Roberto. *Trump 2.0*. Akal, Madrid, 2025.
- Müller González, John Freddy. *No, no te equivoques, Trump no es liberal. Por qué Trump es populista, proteccionista, machista, autoritario y nacionalista, pero en ningún caso liberal*. Deusto Ediciones, Barcelona, 2017.
- Reich, Robert. *The System: Who Rigged It, How We Fix It*. Picador, 2020.
- Snyder, Timothy. *El camino hacia la no libertad. Rusia, Europa, América*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2018.
- Streeck, Wolfgang. *¿Cómo terminará el capitalismo? Traficantes de sueños*, Madrid 2017.
- Torres López, Juan. *Cómo sobrevivir al trumpismo y a la economía de la motosierra*. Deusto Ediciones, Barcelona, 2025.
- Traverso, Enzo. *Las nuevas caras de la derecha. Potencia y contradicciones de la etapa posfascista*. Siglo XXI, Madrid, 2025.
- Wolf, Martin. *La crisis del capitalismo democrático: Por qué el matrimonio entre democracia y capitalismo se está diluyendo y qué debemos hacer para solucionarlo*. Deusto Ediciones, Barcelona, 2023.
- Wolff, Michael. *All or Nothing: How Trump Recaptured America*. The Bridge Street Press, London, 2025.

ARTICULOS

- Bivens, Josh *et al.*, «The Trump Administration's Macroeconomic Agenda Harms Affordability and Raises Inequality», *Economic Policy Institute* (EPI, 2025-2026). URL: <https://www.epi.org/publication/the-trump-administrations-macroeconomic-agenda-harms-affordability-and-raises-inequality/>
- Brookings Institution (febrero 2026). «Four Reasons Trump's Economic Agenda Hasn't Tanked the Economy», *Brookings*, febrero 2026. URL: <https://www.brookings.edu/articles/four-reasons-trumps-economic-agenda-hasnt-tank-the-economy/>
- Center for American Progress. «A Year in Review: How the Trump Administration's Economic Policies Made Life Less Affordable for Americans», *Center for American Progress* (febrero 2026). URL: <https://www.americanprogress.org/article/a-year-in-review-how-the-trump-administrations-economic-policies-made-life-less-affordable-for-americans/>
- CEPR. «Tariffs, Global Imbalances, and the Dollar», *VoxEU/CEPR*, 2025. URL: <https://cepr.org/voxeu/columns/tariffs-global-imbalances-and-dollar>
- CEPR. «Trump Tariff Policy, Uncertainty, and the Role of Economics», *VoxEU/CEPR* 2025. URL: <https://cepr.org/voxeu/columns/trump-tariff-policy-uncertainty-and-role-economics>
- CEPR/VoxEU (2025): «Roaring Tariffs». Conteduca *et al.*, «Roaring Tariffs: The Global Impact of the 2025 US Trade War», *VoxEU*. URL: <https://cepr.org/voxeu/columns/roaring-tariffs-global-impact-2025-us-trade-war>
- Chowdhury *et al.* «The Resurgence of Trumponomics: Implications for the Future of ESG Investments in a Changing Political Landscape», *arXiv:2502.02627*. URL: <https://arxiv.org/pdf/2502.02627>
- Cox, Elizabeth y Chloe N. East, «Labor Market Impacts of ICE Activity in Trump 2.0», *NBER WP* 35129, 2026. DOI: <https://doi.org/10.3386/w35129>
- Hill, Steven. «Trump's First-Year Economy: Growth, Tariffs, and Rising Public Anxiety». *The Fulcrum* (enero 2026). URL: <https://thefulcrum.us/economy/trump-first-year-economy>
- Kalemli-Özcan, Soyly y Yıldırım (CEPR, abril 2025). «Tariffs and Monetary Policy Interaction», *VoxEU/CEPR*. URL: <https://cepr.org/voxeu/trump-and-tariffs>
- McKibbin, Noland y Shuetrim (PIIE, junio 2025) «The Global Economic Effects of Trump's 2025 Tariffs», *PIIE Working Paper* 25-13. SSRN: URL: <https://www.piie.com/publications/working-papers/2025/global-economic-effects-trumps-2025-tariffs>
- Rodríguez-Clare *et al.* (CEPR, 2025). «The 2025 Trade War: Dynamic Impacts across US States and the Global Economy», *VoxEU/CEPR* 2025. URL: <https://cepr.org/voxeu/columns/2025-trade-war-dynamic-impacts-across-us-states-and-global-economy>
- Tax Foundation. «Tracking the Economic Impact of the Trump Tariffs», *Tax Foundation*. (actualización 2026). URL: <https://taxfoundation.org/research/all/federal/trump-tariffs-trade-war/>
- U.S. Senate Banking Committee. «TRUMPFLATION: Donald Trump's Broken Promises on Affordability», *U.S. Senate Banking Committee*, enero 2026. URL: https://www.banking.senate.gov/imo/media/doc/1_year_costs_report.pdf
- William A. Galston, «The Economy Weakened Support for President Trump in 2025 and May Do So Again in 2026», *Brookings Institution* (enero 2026). URL: <https://www.brookings.edu/articles/the-economy-weakened-support-for-president-trump-in-2025-and-may-do-so-again-in-2026/>

- Dossier n.º 1: [«Nuevos tiempos para la cooperación internacional para el desarrollo»](#), abril 2011.
- Dossier n.º 2: [«¿Cambiar el mundo desde el consumo?»](#), julio 2011.
- Dossier n.º 3: [«Sombras en las microfinanzas»](#), octubre 2011.
- Dossier n.º 4: [«La RSE ante la crisis»](#), enero 2012.
- Dossier n.º 5: [«La cooperación al desarrollo en tiempos de crisis. Nuevos actores, nuevos objetivos»](#), abril 2012.
- Dossier n.º 6: [«Crisis, indignación ciudadana y movimientos sociales»](#), julio 2012.
- Dossier n.º 7: [«¿Otra política económica es posible?»](#), octubre 2012.
- Dossier n.º 8: [«Banca ética ¿es posible?»](#), enero 2013.
- Dossier n.º 9: [«Desigualdad y ruptura de la cohesión social»](#), abril 2013.
- Dossier n.º 10: [«Seguridad alimentaria: Derecho y necesidad»](#), julio 2013.
- Dossier n.º 11: [«La agenda de desarrollo post-2015: ¿Más de lo mismo o el principio de la transición?»](#), octubre 2013.
- Dossier n.º 12: [«Economía en colaboración»](#), enero 2014.
- Dossier n.º 13: [«Otra economía está en marcha»](#), primavera 2014.
- Dossier n.º 14: [«RSC: Para superar la retórica»](#), verano 2014.
- Dossier n.º 15: [«La enseñanza de la economía»](#), otoño 2014.
- Dossier n.º 16: [«El procomún y los bienes comunes»](#), invierno 2015.
- Dossier n.º 17: [«Financiación del desarrollo y Agenda Post-2015»](#), primavera 2015.
- Dossier n.º 18: [«II Jornadas Otra Economía está en marcha»](#), verano 2015.
- Dossier n.º 19: [«Las exclusiones sociales»](#), otoño 2015.
- Dossier n.º 20: [«Fiscalidad: eficiencia y equidad»](#), invierno 2016.
- Dossier n.º 21: [«Recordando a José Luis Sampedro»](#), primavera 2016.
- Dossier n.º 22: [«Otra economía está en marcha III»](#), verano 2016.
- Dossier n.º 23: [«El buen vivir como paradigma societal alternativo»](#), otoño 2016.
- Dossier n.º 24: [«La energía. Retos y problemas»](#), invierno 2017.
- Dossier n.º 25: [«El enfoque de género en la economía social y solidaria: aportes de la economía feminista»](#), primavera 2017.
- Dossier n.º 26: [«Repensando nuestro modelo de sociedad y de economía»](#), verano 2017.
- Dossier n.º 27: [«La inversión de impacto»](#), otoño 2017
- Dossier n.º 28: [«El gobierno de la globalización»](#), invierno 2018.
- Dossier n.º 29: [«Economía feminista: visibilizar lo invisible»](#), primavera 2018.
- Dossier n.º 30: [«Miradas críticas y transversales»](#), verano 2018.
- Dossier n.º 31: [«Prácticas y herramientas para impulsar la economía social y solidaria. Una reflexión compartida»](#), otoño 2018.



- Dossier n.º 32: [«Reivindicando la democracia en la empresa»](#), invierno 2019.
- Dossier n.º 33: [«El futuro de la alimentación en el mundo»](#), primavera 2019.
- Dossier n.º 34: [«Agenda 2030: gatopardismo o transformaciones»](#), verano 2019
- Dossier n.º 35: [«Responsabilidad social corporativa en la industria alimentaria»](#), otoño 2019
- Dossier n.º 36: [«Demografía: cambios en el modelo reproductivo»](#), invierno 2020
- Dossier n.º 37: [«La economía circular: una opción inteligente»](#), primavera 2020
- Dossier n.º 38: [«La economía fundamental: contribuyendo al bienestar de la ciudadanía»](#), verano 2020
- Dossier n.º 39: [«La oligopolización de la economía»](#), otoño 2020
- Dossier n.º 40: [«Hacia la reorientación del modelo productivo de la economía española»](#), invierno 2021
- Dossier n.º 41: [«Otras formas de medir \(y entender\) el «desarrollo»](#), primavera 2021
- Dossier n.º 42: [«Sociedad digital, reconstruyendo expectativas»](#), verano 2021
- Dossier n.º 43: [«Europa, pandemia y crisis económica»](#), otoño 2021
- Dossier n.º 44: [«La COVID-19: Efectos sociales y económicos y políticas de respuesta»](#), invierno 2022
- Dossier n.º 45: [«Finanzas sostenibles: ¿un nuevo paradigma de inversión?»](#), primavera 2022
- Dossier n.º 46: [«Desafiando la educación preuniversitaria: Otras prácticas de enseñanza para otra economía»](#), verano 2022
- Dossier n.º 47: [«La Agenda 2030 y el imprescindible cambio de paradigma en la universidad»](#), otoño 2022
- Dossier n.º 48: [«Nuevos modelos de empresa y democracia económica»](#), invierno 2023
- Dossier n.º 49: [«Desafíos de la digitalización del sistema financiero»](#), primavera 2023
- Dossier n.º 50: [«La economía española ante una encrucijada crítica»](#), verano 2023
- Dossier n.º 51: [«Transformación digital de la economía: efectos sobre el trabajo»](#), otoño 2023
- Dossier n.º 52: [«Transición Ecosocial Justa»](#), invierno 2024
- Dossier n.º 53: [«Una visión crítica de la economía planteada»](#), primavera 2024
- Dossier n.º 54: [«Estrategias, alianzas y soluciones colectivas para los retos actuales del emprendimiento en la Economía Social y Solidaria»](#), verano 2024
- Dossier n.º 55: [«Derecho a la vivienda y a la ciudad: un panorama»](#), otoño 2024
- Dossier n.º 56: [«El futuro de la agricultura y el mundo rural»](#), invierno 2025
- Dossier n.º 57: [«La economía de la guerra»](#), primavera 2025
- Dossier n.º 58: [Turismo en la encrucijada: dilemas globales y respuestas locales](#), verano 2025
- Dossier n.º 59: [El desafío existencial de la Unión Europea](#), otoño 2025
- Dossier n.º 60: [Financiación para el Desarrollo: Promesas vacías y urgencias estructurales tras la Ffd4](#), Invierno 2026
- Dossier n.º 61: [Alianza más allá del crecimiento: ámbitos para la acción](#), Primavera 2026





Con la colaboración de:



Economistas sin Fronteras

c/ Gaztambide, 50
(entrada por el local de SETEM)
28015 • Madrid
Tel.: 91 549 72 79
ecosfron@ecosfron.org

EKONOPOLO, Harrobi Plaza, 4,
48005 Bilbao, Bizkaia
Tel.: 722 371 633